

## **ENRIQUE IV DE CASTILLA Y LOS CONVERSOS. TESTIMONIOS POÉTICOS DE UNA EVOLUCIÓN HISTÓRICA<sup>1\*</sup>**

**Óscar Perea Rodríguez**  
*University of Arkansas*

Todo aquel que se interese por estudiar cualquier aspecto relacionado con el cuarto monarca Trastámara castellano de nombre Enrique ha de enfrentarse, en principio, a un buen número de tópicos y clichés establecidos ya desde el propio *Cuatrocientos* castellano y continuados por el transcurso de los siglos, siguiendo un camino de perpetuación de estos modelos al que incluso modernos estudios historiográficos no han sido ajenos. Resume acertadamente todos estos problemas Nancy F. Marino al decir que

si la verdad objetiva existió una vez, se nos ha transmitido a través de unos relatos imperfectos, corrompidos por los histo-

---

<sup>1</sup> \* Este artículo ha contado para su realización con la ayuda del Ministerio de Educación y Ciencia a través de una beca postdoctoral, que me permitió realizar una estancia de investigación en la Universidad de California, Berkeley (2005-2007), bajo la dirección del profesor Charles B. Faulhaber dentro del proyecto *PhiloBiblon*. Parte del contenido de este trabajo fue expuesto en el Congreso *The Conversos and Moriscos Within and Without Spain* (Plasencia, 18-20 de mayo de 2005), organizado por Saint Louis University-Madrid Campus. Deseo hacer constar mi máximo agradecimiento a los profesores Juan Gil, Kevin Ingram, Francisco Márquez Villanueva y Moshe Orfali por las amables sugerencias y las valiosas indicaciones que realizaron al término de mi exposición, excluyéndolos, como es lógico, de cualquier error que pudiera contener este trabajo, imputable únicamente a mi persona.

riadores que no sólo querían informar, sino formar el recuerdo colectivo de los hechos.<sup>2</sup>

A pesar de que se poseen más crónicas de los años de Enrique IV al frente del trono de Castilla que de ningún otro monarca anterior o posterior, existe el tremendo problema de que los cronistas han desvirtuado por completo la objetividad historiográfica en su narración, haciendo claramente partidista su discurso por unos u otros motivos que no viene ahora al caso comentar. Este asunto, la desvirtuada imagen del rey, ya fue denunciado por Jerónimo de la Cruz,<sup>3</sup> la primera y casi única voz historiográfica hispana alzada a favor de Enrique IV en una época, el siglo XVII, que resultaría clave en la construcción negativa de su imagen como monarca.<sup>4</sup> Así, en el prólogo de su *Historia del Rey Henrique 4º de Castilla*, el padre De la Cruz declaraba:

Entro a escribir la ystoria de un Rey de partes excelentes (dexaré esta verdad en el discurso de la obra), desgraciado en sus ystoradores, mal reportados en el buelo de la pluma, poco adbertidos en la malignidad de los tiempos que corrían.<sup>5</sup>

Haciendo buena la máxima del maestro Keith Whinnom, por la cual “los cronistas isabelinos nos han hecho aceptar una historia deformada

---

<sup>2</sup> Nancy F. Marino, «La relación entre historia y poesía: el caso de la “Exclamación e querella de la gouernación” de Gómez Manrique», en *Propuestas teórico-metodológicas para el estudio de la literatura hispánica medieval*, ed. Lillian von der Walde Moreno, México, Universidad Nacional Autónoma de México – Universidad Autónoma Metropolitana, 2003, pp. 211-225. El texto citado, en p. 211.

<sup>3</sup> Sobre sus obras, véase Antonio Domínguez Ortiz, *La clase social de los conversos en Castilla en la Edad Moderna*, Madrid, CSIC, 1955, pp. 140-141.

<sup>4</sup> Como ha estudiado Javier Fernández Aparicio, «La imagen del rey Enrique IV de Castilla en la primera mitad del siglo XVII: Absolutismo y justicia en el diálogo entre dos épocas», en *En la España Medieval*, 27 (2004), pp. 339-381.

<sup>5</sup> Fray Jerónimo de la Cruz, *Historia del Rey Henrique 4º de Castilla*, Biblioteca Nacional de Madrid (en adelante, BNM), ms. 1350, f. 1r. Otras copias en la misma biblioteca, mss. 1776 y 8220. Utilizamos el ms. 1350 por ser el mejor conservado, dado que perteneció a la biblioteca privada de Felipe IV. Cf. Fernando Bouza, *El libro y el cetro. La Biblioteca de Felipe IV en la Torre Alta del Alcázar de Madrid*, Soria, Fundación Duques de Soria-IHLL-Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 2005, p. 235.

del reinado de Enrique IV”,<sup>6</sup> no es de extrañar que una de las últimas reivindicaciones del tristemente fallecido profesor Martín fuese la de “proceder a la recopilación de fuentes documentales sobre este rey que complementen la sesgada visión que nos proporcionan las crónicas coetáneas.”<sup>7</sup> En mi modesto entender, la cuestión más candente en cuanto a la recuperación de la figura de Enrique IV se corresponde con la primera parte de su reinado, entre los años 1454 y 1462, que ha sido (y es todavía) constantemente solapada por los desastres acontecidos en la segunda parte del mismo, entre 1462 y 1474. A pesar de que ambas etapas fueron diametralmente opuestas, el tópico que las equipara en negatividad se ha hecho fuerte desde las crónicas compuestas en los siglos XV y XVI hasta estudios más actuales y cercanos en el tiempo, influidos por la todopoderosa propaganda isabelina.<sup>8</sup> Por ello, no es extraño encontrar que los cronistas, como Galíndez de Carvajal, escriban que “duraron estas guerras y divisiones todo lo que este rey don Enrique reinó”;<sup>9</sup> por el lado de los modernos estudios, también hemos de convivir con afirmaciones como la realizada por el profesor Scholberg, quien, en su (por otra parte magnífico) estudio sobre literatura satírica medieval, afirmaba que “los veinte años del reinado de Enrique IV, el Impotente (1454-1474), fueron políticamente desastrosos.”<sup>10</sup>

Este tópico de los veinte calamitosos años de gobierno enriqueño, por mucho que haya sido repetido hasta la saciedad tanto en textos coetáneos al monarca como en estudios historiográficos y culturales de cualquier época, ha de ser desterrado para siempre simplemente porque es falso hablando en términos objetivos. Durante su primer decenio al frente del trono, Enrique IV fue descrito por sus propagandistas (que

---

<sup>6</sup> Keith Whinnom, «Introducción», en Diego de San Pedro, *Obras completas*, ed. Keith Whinnom, Madrid, Castalia, 1973, I, p. 22, n. 34.

<sup>7</sup> Ana Echevarría Arsuaga, «Enrique IV de Castilla, un rey cruzado», en *Espacio, Tiempo y Forma. Serie III, Medieval*, 17 (2004), pp. 143-156. El texto citado, en pp. 143-144.

<sup>8</sup> Shima Ohara, «La propaganda en la guerra sucesoria de Enrique IV (1457-1474)», en *Edad Media. Revista de Historia*, 5 (2002), pp. 117-133.

<sup>9</sup> Juan Torres Fontes, *Estudio sobre la “Crónica de Enrique IV” del Dr. Galíndez de Carvajal*, Murcia, CSIC, 1946, p. 75.

<sup>10</sup> Kenneth R. Scholberg, *Sátira e invectiva en la España medieval*, Madrid, Gredos, 1971, p. 242.

también los tuvo)<sup>11</sup> como el paradigma de monarca sabio, como un gobernante con gran sentido de la responsabilidad, como un rey amante de la paz, como un justo legislador que solucionó los graves problemas internos heredados de la política de Juan II, como el gran militar expansor de la fe y de los dominios de su reino, y como el justo regidor que firmó treguas y paces muy beneficiosas para sus súbditos.<sup>12</sup> En aquellos años, Enrique IV recibía alabanzas apologeticas, loas y parabienes, incluso de tipo mesiánico, relacionadas con su labor como gobernante. Por ejemplo, Juan de Flores, autor de la llamada *Crónica incompleta de los Reyes Católicos*,<sup>13</sup> decía del rey que, “criado en la más benina fortuna que príncipe vino al mundo”, era tal su poder que levantaba el recelo de los musulmanes, quienes temían no fuese Enrique IV el monarca “quien sus adivinos dixieron que ganaría a Jerusalén y sojugaría los bárbaros y alárabes”.<sup>14</sup> Esta última afirmación no parece exagerada, a la luz de las investigaciones de Ana Echevarría Arsuaga sobre la obtención por parte del monarca Trastámara de una decena de bulas de cruzada para legitimar su deseo de recuperación del reino de

---

<sup>11</sup> Coincido en que esta propaganda tendría como fin último “hacer olvidar el mediocre y agitado reinado de su padre”, en palabras de Echevarría Arsuaga, *art.cit.*, p. 144.

<sup>12</sup> Valga como muestra el que Eneas Silvio Piccolomini, futuro papa Pío II, describiese en sus memorias a Enrique IV como “mozuelo lleno de empuje y ansioso de justicia, que [...] marchó al frente de un ejército contra el reino de Granada, saqueó y arrasó gran parte del territorio enemigo.” Eneas Silvio Piccolomini, *La Europa de mi tiempo*, ed. y trad. Francisco Socas, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1998, p. 185.

<sup>13</sup> Como han demostrado las investigaciones de Joseph Gwara, «The Identity of Juan de Flores: The Evidence of the *Crónica incompleta de los Reyes Católicos*», en *Journal of Hispanic Philology*, II-2 (1987), pp. 103-129; II-3 (1987), pp. 205-222; de Carmen Parrilla, «Un cronista olvidado: Juan de Flores, autor de la *Crónica incompleta de los Reyes Católicos*», en *The Age of the Catholic Monarchs: 1474-1516. Literary Studies in Memory of Keith Whinnom*, eds. Alan Deyermond & Ian Macpherson, Liverpool, University Press, 1989, pp. 123-133; y de Vera Castro Lingl, «Juan de Flores and Lustful Women: The *Crónica Incompleta de los Reyes Católicos*», en *La Crónica*, 24.1 (1995), pp. 74-89.

<sup>14</sup> *Crónica incompleta de los Reyes Católicos (1469-1476)*, ed. Julio Puyol, Madrid, Real Academia de la Historia, 1934, pp. 48-49. Toda la breve descripción del reinado de Enrique IV es un compendio de imágenes mesiánicas y apologeticas, acompañado con el tan querido y medieval tópico de la mudabilidad de la Fortuna, que sirve para diferenciar los dos períodos del reinado de este monarca a que hemos aludido anteriormente.



Granada, lo que además le valió tener una relación estrechísima con el Papado durante todo su gobierno que,<sup>15</sup> en cierto sentido, vista desde la perspectiva historiográfica actual, significa un clarísimo antecedente de la posición de poder que los Reyes Católicos tuvieron en esa misma corte papal romana,<sup>16</sup> embrión de la gran Roma española de los siglos dorados.<sup>17</sup>

Parece, pues, quedar claro que todas esas razones confluyeron para que Rodrigo Sánchez de Arévalo, su preceptor y quien más esfuerzos hizo por imbuir en el joven príncipe los ideales caballerescos,<sup>18</sup> retratase a su protegido monarca como siempre había sido su pretensión,<sup>19</sup> esto es, como un guerrero victorioso en la sacra lid contra los infieles musulmanes del reino de Granada:<sup>20</sup>

Henricus igitur avidus contra infideles belli gerendi, exercitum parat contra Sarracenos, et in propria persona regnum Maurorum ingreditur, plurimis baronibus et regni nobilibus comitatus, fruges, messes ac oliveta, necnon vineas Granatae et Malicae et locorum adiacentium devastavit. Demum aliqua castra suae ditione subiecit. Cuncta denique et magnifice egit, quae devotissimum et religiosissimum Principem in augendo fidem decet.<sup>21</sup>

---

<sup>15</sup> José Manuel Nieto Soria, «Enrique IV y el Pontificado (1454-1474)», *En la España Medieval*, 19 (1996), pp. 167-238.

<sup>16</sup> Así lo interpreta en diversas ocasiones Álvaro Fernández de Córdoba Miralles, *Alejandro VI y los Reyes Católicos. Relaciones político-eclesiásticas (1492-1503)*, Roma, Edizioni Università della Santa Croce, 2005, *passim*.

<sup>17</sup> Thomas J. Dandeleit, *La Roma española (1500-1700)*, trad. Lara Vila Tomás, Barcelona, Crítica, 2002, pp. 8-15.

<sup>18</sup> La construcción de la imagen del rey como monarca poderoso parte de la conquista de Gibraltar (1462) y del discurso que Sánchez de Arévalo realizó sobre ello al papa Pío II. Véase Horacio Santiago-Otero, «Rodrigo Sánchez de Arévalo. Discurso a Pío II con motivo de la conquista de Gibraltar (1462)», en *Revista Española de Teología*, 37 (1977), pp. 153-158.

<sup>19</sup> Para la educación caballeresca que Sánchez de Arévalo prescribía para el futuro Enrique IV, véase Jesús D. Rodríguez Velasco, *El debate sobre la caballería en el siglo XV: la tratadística caballeresca castellana en su marco europeo*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1996, pp. 72-73.

<sup>20</sup> Richard H. Trame, *Rodrigo Sánchez de Arévalo, 1404-1470. Spanish Diplomat and Champion of the Papacy*, Washington, The Catholic University of America Press, 1958, pp. 117 ss.

<sup>21</sup> Echevarría Arsuaga, *art. cit.*, p. 156.

De esta forma, continuando con esa búsqueda de fuentes alternativas que salvarsen la dificultad de investigar el reinado de Enrique IV, y en la línea de la obligación marcada por el ilustre maestro Márquez Villanueva acerca de conjuntar estudios de Historia y de Filología,<sup>22</sup> en otro trabajo anterior a éste ya postulé que tal vez la poesía de cancionero podría ser una de esas fuentes que alumbrasen las tinieblas enriqueñas.<sup>23</sup> Pese a ser un aspecto más de la prácticamente desconocida historia cultural de su reinado, no hay duda de que algunos poetas intentaron construir una imagen triunfante del monarca haciéndole ser el prototipo del gobernante sabio, imagen perfectamente visible en algunos poemas compuestos durante ese primer decenio pleno de bondades para el hijo de Juan II. En ese mismo trabajo también apuntaba lo que me encargaré de ampliar a lo largo de las siguientes páginas, ya que no me parecía casual el hecho de que la mayoría de autores de poemas favorables al rey, sus mayores apologetas, podrían ser de origen converso, o cuando menos haber sido influidos por visibles elementos de la *intelligentsia* conversa, sin entrar de lleno en la amplia complejidad teórica de la definición de este grupo social.<sup>24</sup>

El estudio de ambos elementos unidos, la poesía de cancionero y los conversos, ya ha sido próspero campo de acción de algunas investigaciones, como la realizada por el profesor Cantera Burgos para el

---

<sup>22</sup> Acerca de la influencia del pensamiento historiográfico de Castro, decía el maestro hispalense que “historiadores y filólogos se encuentran así llamados a trabajar hombro con hombro para establecer el círculo de comprensión que hace inteligible el sentido del pasado, con máximo provecho siempre para las respectivas disciplinas.” Francisco Márquez Villanueva, «Américo Castro y la historia», en *Américo Castro: The Impact of His Thought. Essays to Mark the Centenary of His Birth*, eds. Ronald E. Surtz, Jaime Ferrán y Daniel P. Testa, Madison, Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1988, pp. 127-139. El texto citado, en p. 135.

<sup>23</sup> Óscar Perea Rodríguez, «Enrique IV de Castilla en la poesía de cancionero: algún *afán* ignorado entre las mil *congoxas* conocidas», en *Cancionero general*, 3 (2005), pp. 33-71.

<sup>24</sup> Uso la sencilla definición de Francisco Márquez Villanueva, «The Converso Problem. An Assessment», en *Collected Studies in Honour of Américo Castro's Eightieth Year*, ed. Marcel P. Hornik, Oxford, Lincombe Lodge, 1965, pp. 317-333. En la misma línea se manifiesta Thomas F. Glick, «On Converso and Marrano Ethnicity», en *Crisis and Creativity in the Sephardic World 1391-1648*, ed. Benjamin R. Gampel, New York, Columbia University Press, 1997, pp. 59-76.

*Cancionero de Baena*,<sup>25</sup> o las indagaciones de Cristina Arbós y Kenneth Scholberg sobre materias heterogéneas.<sup>26</sup> Pero en este caso, no son ni la sátira ni la burla ni las procacidades los elementos más destacados de esa lírica escrita por conversos, ni tampoco esa “atormentada existencia” con que Américo Castro dibujó el devenir literario de este grupo social.<sup>27</sup> Antes al contrario, la lírica de tipo político escrita por los conversos,<sup>28</sup> en general, se caracteriza por realizar una clara apología de las virtudes de Enrique IV. No cabe duda alguna de que el recuerdo de los *pogromos* de 1391, punto álgido del antisemitismo peninsular y origen propio del problema converso,<sup>29</sup> era todavía muy candente en la vida cotidiana del reino de Castilla. Para tratar de superar esta situación de atonía de las comunidades hebreas en el reino,<sup>30</sup> cuando el entonces príncipe Enrique contaba con siete años de edad, hubo un tímido intento de fortalecerlas: las *Takkanoth* aprobadas por la asamblea de aljamas celebrada en Valladolid durante 1432, bajo el impulso de Abraham Bienveniste, rabí mayor del reino y hombre de confianza del rey.<sup>31</sup> Pero en los últimos años del reinado de Juan II de Castilla, en el

<sup>25</sup> Francisco Cantera Burgos, «El *Cancionero de Baena*: judíos y conversos en él», en *Sefarad*, 27-1 (1967), pp. 71-111.

<sup>26</sup> Cristina Arbós Ayuso, «Los cancioneros castellanos del siglo XV como fuente para la historia de los judíos españoles», en *Proceedings of the Eighth World Congress of Jewish Studies. Jerusalem, August 16-21, 1981. Division B: The History of the Jewish People*, Jerusalem, World Union of Jewish Studies, 1982, pp. 35-42. Véase también Scholberg, *ob. cit.*, pp. 303-360.

<sup>27</sup> Américo Castro, *La realidad histórica de España*, México, Porrúa, 1982, pp. 18-19.

<sup>28</sup> Y no una “forma conversa de escribir”: comparto parte de las reticencias sobre el uso homogeneizante y unidireccional de esta construcción expresadas por Nicholas G. Round, «La «peculiaridad literaria» de los conversos, ¿unicornio o “snark”», en *Judíos. Sefarditas. Conversos. La expulsión de 1492 y sus consecuencias*, ed. Ángel Alcalá, Valladolid, Ámbito, 1995, pp. 557-576. Véase también Ronald E. Surtz, «Características principales de la literatura escrita por judeoconversos: algunos problemas de definición», en *Judíos. Sefarditas. Conversos...*, pp. 547-556.

<sup>29</sup> Eloy Benito Ruano, *Los orígenes del problema converso*, Madrid, Real Academia de la Historia, 2001, pp. 199-200.

<sup>30</sup> Especialmente en lo referente a labores de creación poética, como pone de relieve Raymond P. Scheindlin, «Secular Hebrew Poetry in Fifteenth-Century Spain», en *Crisis and Creativity*, *op. cit.*, pp. 25-37, especialmente p. 35.

<sup>31</sup> Yolanda Moreno Koch, «The Tattakanot of Valladolid of 1432», en *The American Sephardi*, 9 (1978), pp. 58-145. El trabajo fue ampliado posteriormente por la

preciso momento en que el Príncipe de Asturias se preparaba para reinar, la violencia antisemita contra los judaizantes volvió a reverdecir sus tristes y pretéritos laureles, sobre todo tras la Sentencia-Estatuto de Pedro Sarmiento, emanada a raíz de los levantamientos toledanos de enero de 1449.<sup>32</sup> En aquellos momentos de mucha tensión racista entre cristianos nuevos y cristianos viejos,<sup>33</sup> es cuando cobra plena vigencia la afirmación de Melammed:

Spanish society in the mid-fifteenth century was still debating how to deal with the converso phenomenon; the topic appeared in pamphlets, satires in both poetry and prose, and in other literary works.<sup>34</sup>

## 1.- El Príncipe don Enrique y el levantamiento toledano de 1449

A esta sentencia de Melammed, a la indudable presencia del *tema converso* en la literatura de la época, hay que sumar como motor principal de su funcionamiento lo que podríamos denominar como un esfuerzo de los conversos por asegurar la posición del rey, y por ende la suya propia. Por ello, para situar los numerosos ejemplos (sobre todo los poéticos) de esta compleja relación entre el rey y sus súbditos de origen hebreo, debemos situar nuestro punto de partida en el mismo momento histórico a que antes me he referido, esto es, al levantamiento toledano de 1449. Fue entonces cuando, en mi modesta opinión, comenzaron a establecerse las bases de la particularísima relación que uniría al futuro

---

misma autora en *Fontes Iudaeorum Regni Castellae. V: De iure hispano-hebraico. Los Tagganot de Valladolid de 1432. Un estatuto comunal renovador*, Salamanca, Universidad Pontificia de Salamanca, 1987.

<sup>32</sup> Estudiado en sus diversas vertientes por Eloy Benito Ruano, *Toledo en el siglo XV. Vida política*, Madrid, CSIC, 1961, pp. 187 ss

<sup>33</sup> Así son interpretadas las referencias a “los de su género” que se pueden leer en la Sentencia-Estatuto de Pero Sarmiento. Véase Benzion Netanyahu, «Alonso de Espina: Was He a New Christian?», en *Proceedings of the American Academy of Jewish Research*, 43 (1976), pp. 107-165. Seguimos el texto en Benzion Netanyahu, *Toward The Inquisition. Essays on Jewish and Converso History in Late Medieval Spain*, Ithaca & London, Cornell University Press, 1997, pp. 43-75, especialmente pp. 72-73.

<sup>34</sup> Renée Levine Melammed, *A Question of Identity. Iberian Conversos in Historical Perspective*, New York, Oxford University Press, 2004, p. 19.

Enrique IV con los conversos. Aunque es aspecto señalado por la mayoría de los modernos biógrafos del rey,<sup>35</sup> quizá no ha sido valorado en su debida medida el hecho de que el primer gran problema político al que tuvo que enfrentarse el entonces príncipe de Asturias fue precisamente el emanado de los sucesos acontecidos en Toledo durante 1449,<sup>36</sup> cuya proyección más destacada se concentra en la famosa Sentencia-Estatuto de Pero Sarmiento.<sup>37</sup> A modo de director de la revuelta, en los primeros días de enero del citado año Sarmiento negó la entrada al rey Juan II a la ciudad

poniendo en tela de juicio hasta la propia encarnación de la legitimidad regia por Juan II, cuya autoridad entendía traspasable, por “sospecha” e indignidad de su titular, en la persona de su hijo y sucesor. Toledo se ofreció así a la merced del Príncipe D. Enrique, quien, efectivamente, vendría a instalarse y tomar posesión de la ciudad.<sup>38</sup>

Orillando la valoración de las funestas consecuencias que este hecho traería para el autoritarismo de la monarquía,<sup>39</sup> lo cierto es que, en

---

<sup>35</sup> Me refiero a los estudios de Gregorio Marañón, *Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo*, pról. Julio Valdeón, Madrid, Espasa-Calpe, 1997; Townsend Miller, *Henry IV of Castile (1425-1474)*, London, Gollancz, 1972; Elías Amézaga, *Enrique Quarto*, Madrid, Ediciones del Centro, 1974; William D. Phillips, *Enrique IV and the Crisis of XV<sup>th</sup> Century Castile*. Cambridge, The Mediaeval Academy of America, 1978; Rogelio Pérez Bustamante y José Manuel Calderón Ortega, *Enrique IV de Castilla, 1454-1474*, Burgos-Palencia, La Olmeda-Diputación provincial, 1998; Ana Belén Sánchez Prieto, *Enrique IV. El Impotente*, Madrid, Alderabán (Colección Vidas Privadas, nº 15), 1999; Luis Suárez Fernández, *Enrique IV de Castilla: la difamación como arma política*, Barcelona, Ariel, 2001; y José Luis Martín Rodríguez, *Enrique IV de Castilla: rey de Navarra, príncipe de Cataluña*, Hondarribia, Nerea, 2002.

<sup>36</sup> La mejor fuente para este suceso es la escrita por Pedro Carrillo de Huete, *Crónica del Halconero de Juan II*, ed. Juan de Mata Carriazo, Madrid, Espasa-Calpe, 1946, especialmente pp. 516-527.

<sup>37</sup> Benito Ruano, *Toledo en el siglo XV...*, ob. cit., pp. 33-44; Netanyahu, *Towards the Inquisition...*, ob. cit., pp. 193-199.

<sup>38</sup> Benito Ruano, *Los orígenes...*, ob. cit., pp. 42-43.

<sup>39</sup> Explicadas por José Manuel Nieto Soria, «El ‘poderío real absoluto’ de Olmedo (1445) a Ocaña (1469): la monarquía como conflicto», *En la España Medieval*, 21 (1998), pp. 161-230.

líneas generales, la principal causa de la revuelta, la oposición de los toledanos hacia el empréstito solicitado por Álvaro de Luna, no era sino una queja hacia la política del todopoderoso privado del rey castellano, pero también estaba intrínsecamente relacionada con el apoyo que el Condestable había realizado a los judíos, que fueron quienes al final, tal como solía ser tristemente familiar en la Edad Media europea, llevaron la peor parte de la revuelta a base de sufrir saqueos y asesinatos impunes.<sup>40</sup> Con el *pogrom* toledano de 1449,<sup>41</sup> el camino para convertir a los conversos en un sector social reprimido con dureza había dado su siniestro comienzo.<sup>42</sup> Para el propósito de nuestro trabajo, lo que nos interesa es destacar cómo Pero Sarmiento, en defensa de los intereses de los *lindos* y en términos estrictamente políticos, desechó a Juan II como valedor de una opción justa y acudió en cambio hacia el príncipe de Asturias, Enrique de Trastámara, a quien parecía tener más aprecio o que creía digno de más confianza.

E vuestra merced quiera mandar llamar al ilustrísimo Príncipe don Enrique, vuestro fijo primogénito, heredero en vuestros rreynos, e a los grandes omes de vuestros rreynos, e a los procuradores de las dichas cibdades principales dellos, para que se junten en uno con vuestra alteza, en logar seguro, donde vuestra merced tenga e faga Cortes...<sup>43</sup>

En principio, la buena actitud de Enrique, totalmente presto a solucionar el problema, significó un gran aumento de su popularidad: al menos para los habitantes de Toledo, su figura emergió como el gran valedor de los intereses de los cristianos viejos, sobre todo en lo referente al posterior nombramiento de oficiales efectuado por el prínci-

---

<sup>40</sup> Julio Valdeón Baroque, *El chivo expiatorio: judíos, revueltas y vida cotidiana en la Edad Media*, Valladolid, Ámbito, 2000.

<sup>41</sup> Dayle Seidenspinner-Núñez, «Prelude to the Inquisition: The Discourse of Persecution, the Toledan Rebellion of 1449, and the Contest for Orthodoxy», en *Strategies of Medieval Communal Identity: Judaism, Christianity and Islam*, eds. Wout J. van Bekkum y Paul M. Cobb, París-Leuven-Dudley (MA), Peeters, 2004, pp. 47-74.

<sup>42</sup> Robert Ian Moore, *The Formation of a Persecuting Society: Power and Deviance in Western Europe, 950-1250*, Oxford, Blackwell, 1987.

<sup>43</sup> *Crónica del halconero*, p. 526.

pe.<sup>44</sup> Así pues, la primera aparición política del futuro Enrique IV,<sup>45</sup> o, cuando menos, la percepción popular de su participación, fue claramente contraria a los conversos. Sin embargo, esta intervención no estuvo presidida por una irracional defensa de la fe católica, sino por la cordura, la calma y la tranquilidad. Ahora bien, casi inmediatamente, Enrique comenzó a ser influido por otros miembros del entorno regio en cómo habría de llevar la relación entre *Lindos* y *Nuevos*, y precisamente se dejó guiar por los detractores de la sentencia.<sup>46</sup>

En los meses siguientes al suceso, tras el acuerdo firmado entre padre e hijo,<sup>47</sup> el monarca firmó ciertas disposiciones oficiales sobre el cargo de rabí mayor,<sup>48</sup> buena prueba de su preocupación por la situación de los hebreos. Al tiempo, Alonso de Cartagena, obispo de Burgos y conocido converso, tomaba las riendas de la discusión teológica y política acerca de la polémica anticonversa, preocupándose de revisar la validez formal del planteamiento de la Sentencia-Estatuto y demostrando, en su *Defensorium unitatis Christianae*,<sup>49</sup> tanto la irreverencia como la nocividad de este conocido precedente de lo que en la Edad Moderna llamaremos estatutos de pureza de sangre.<sup>50</sup> Por supuesto, el sabio prelado tampoco dudó en tachar de herejes y cismáticos a quienes seguían

---

<sup>44</sup> Juan Ramón Palencia Herrejón, «La política de orden público de Enrique IV de Castilla: los gobernadores de Toledo», en *Actas del III Congreso Internacional de Hispanistas*, Málaga-Ceuta, Consejería de Educación y Cultura de Ceuta, 1998, pp. 161-171.

<sup>45</sup> Excluyendo la petición efectuada por algunos nobles a Juan II en 1439, dentro del convenio firmado en Castronuño, de que el rey asociase al príncipe Enrique al trono. Sobre su importancia, véase Orestes Ferrara, *Un pleito sucesorio. Enrique IV, Isabel de Castilla y la Beltraneja*, Madrid, Ediciones La Nave, 1945, p. 19.

<sup>46</sup> Los diferentes argumentos cruzados a favor y en contra son analizados por Rica Amran, «La Sentencia-Estatuto: defensores y detractores de esta», en su libro *De judíos a judeo-conversos. Reflexiones sobre el ser converso*, París, Indigo-Université de Picardie, 2003, pp. 47-77.

<sup>47</sup> A principios de 1450, según las noticias de Ferrara, *ob. cit.*, p. 20.

<sup>48</sup> Macarena Crespo Álvarez, «El cargo de Rab Mayor de la corte según documento de Juan II fechado en 1450», en *Edad Media. Revista de Historia*, 4 (2001), pp. 157-198.

<sup>49</sup> Alonso de Cartagena, *Defensorium unitatis Christianae*, ed. Manuel Alonso, Madrid, CSIC-Instituto Arias Montano, 1943.

<sup>50</sup> Albert Sicroff, *Les controverses des Statuts de "Pureté de sang" en Espagne, du XV au XVII siècles*, París, Didier, 1960, pp. 25 ss.

las fatuas razones del bachiller Marcos García de Mora,<sup>51</sup> más conocido como Marquillos de Mazarambroz, autor de una obrilla más en esta polémica de la Sentencia-Estatuto que habitualmente se conoce con el nombre de *Memorial*. El objetivo principal era el de continuar alargando la polémica sobre si existían o no precedentes jurídicos que vetasen a los conversos, o a los *judíos baptizados*, como malintencionadamente los llamaba el autor del *Memorial*,<sup>52</sup> para ocupar los muchos puestos que ostentaban en la administración urbana de Toledo.<sup>53</sup> En esta defensa de los conversos se unió a Cartagena Fernán Díaz de Toledo, relator de la corte y asimismo de origen converso. Díaz de Toledo fue el autor de un pequeño texto llamado *Instrucción del Relator*,<sup>54</sup> estructurado de forma impecable y con un estilo conciso y claro.<sup>55</sup> En él se realizaba una defensa de los conversos dirigida personalmente tanto al Príncipe de Asturias como a las dos personas que más peso político comenzaban a tener en el entorno enriqueño: los hermanos Juan Pacheco, Marqués de Villena desde 1445 y privado del príncipe,<sup>56</sup> y Pedro Girón, Maestre electo de la Orden de Calatrava.<sup>57</sup> La nobleza castellana, con el Príncipe Enrique a la cabeza, se encontraba por entonces involucrada en el fragor de la batalla antilunista, una disputa que ese mismo año de 1449 cristalizaría en la llamada Liga de Coruña del Conde.<sup>58</sup> En este contexto, las actividades de Enrique pueden ser calificadas como sumamente inteligentes: escuchaba a unos y a otros mientras que ganaba prestigio ante ambas facciones, encaminándose hacia un lugar de arbitraje en la

<sup>51</sup> Benito Ruano, *Los orígenes...*, *ob. cit.*, p. 26.

<sup>52</sup> Aspecto del discurso de Mazarambroz destacado por Seidenspinner-Núñez, *art. cit.*, p. 54.

<sup>53</sup> Francisco Márquez Villanueva, «Conversos y cargos concejiles en el siglo XV», en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 63 (1957), pp. 503-540.

<sup>54</sup> Cartagena, *ob. cit.*, pp. 343-356.

<sup>55</sup> Nicholas Round, «Politics, Style, and Group Attitudes in the *Instrucción del Relator*», en *Bulletin of Hispanic Studies*, 46 (1969), pp. 289-319. Véase también Seidenspinner-Núñez, *art. cit.*, pp. 57-61.

<sup>56</sup> Nancy F. Marino, *Don Juan Pacheco. Wealth and Power in Late Medieval Spain*, Tempe, Arizona State University, 2006.

<sup>57</sup> Joseph F. O'Callaghan, «Don Pedro Girón, Master of the Order of Calatrava (1445-1466)», en *Hispania*, LXXXIII (1961), pp. 342-390.

<sup>58</sup> Luis Suárez Fernández, *Nobleza y monarquía. Entendimiento y rivalidad. El proceso de construcción de la Corona española*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2003, pp. 257-260.



política interna del reino que, al menos en teoría, debería de fortalecer su posición como heredero del trono.

En la defensa a los conversos también terció otro de los individuos cruciales en la juventud del príncipe Enrique, y no es otro que a quien iba dirigida la anteriormente citada *Instrucción del Relator*: el obispo de Cuenca, Lope de Barrientos.<sup>59</sup> El fraile dominico y maestro de Teología,<sup>60</sup> preceptor del Príncipe,<sup>61</sup> fue autor del *Tratado contra algunos zizañadores de la nación de los convertidos del pueblo de Israel*,<sup>62</sup> en el que, siguiendo el camino abierto por Cartagena, demostraba no sólo la maldad de las intenciones de quienes no veían en los conversos más que criptojudáizantes,<sup>63</sup> sino también la realidad de todos aquellos cristianos nuevos descontentos con su situación, ya que eran “muy mucho perseguidos que los que no son venidos a la Fe”,<sup>64</sup> es decir, peor tratados que los propios judíos. Y aun debemos citar, como ejemplos de toda esta ingente cantidad de literatura de polémica antihebreá

---

<sup>59</sup> Benito Ruano, *Los orígenes...*, p. 55.

<sup>60</sup> Sobre su labor educativa, véanse las novedosas conclusiones de Nicasio Salvador Miguel, «Los magisterios de Lope de Barrientos, I: el magisterio docente», en *Actas del IX Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, 2001, eds. Carmen Parilla y Mercedes Pampín, A Coruña, Universidade-Editorial Toxosoutos, 2005, I, págs. 175-197.

<sup>61</sup> La figura de Barrientos, denostada desde antaño por su participación en la quema de algunos libros de Enrique de Villena, ha comenzado a ser recuperada y valorada correctamente por algunos estudios. Además del efectuado por el profesor Salvador Miguel citado en la nota anterior, véanse también los de Ángel Martínez Casado, *Lope de Barrientos: un intelectual de la corte de Juan II*, Salamanca, Editorial San Esteban, 1994; y de Paloma Cuenca Muñoz, *El “Tratado de la Divinança” de Lope de Barrientos. La magia medieval en la visión de un obispo de Cuenca*, Cuenca, Ayuntamiento de Cuenca – Instituto «Juan de Valdés», 1994.

<sup>62</sup> Escrito hacia 1458 y conservado en la Biblioteca Universitaria de Salamanca, ms. 455 (CNUM 2506). Véase BETA (*Bibliografía Española de Textos Antiguos*), eds. Charles B. Faulhaber, Ángel Gómez Moreno, Antonio Cortijo Ocaña y Óscar Perea Rodríguez, de libre acceso en Internet a través del siguiente enlace: <http://sun-site3.berkeley.edu/PhiloBiblon/pnhmbe.html>

Sería muy conveniente una realizar nueva edición del texto, pues la que poseemos adolece de fiabilidad científica. Luis G. A. Getino, *Anales salmantinos: Vida y obras de Fay. Lope de Barrientos*, Salamanca, Calatrava, 1927, pp. 180-204.

<sup>63</sup> Papel que ya fue destacado por Américo Castro, *La realidad histórica de España*, México, Porrúa, 1954, pp. 48-49.

<sup>64</sup> Barrientos, *Tratado...*, ed. cit., p. 183.

favorable a los conversos escrita durante el reinado de Enrique IV,<sup>65</sup> dos importantes obras: el *Reprehensorum* del Bachiller Palma,<sup>66</sup> y el anónimo *Declarante de judíos* conservado en la Biblioteca Municipal de Santiago de Compostela,<sup>67</sup> obras todavía no demasiado conocidas pero que sin duda responden a estos momentos de plena ebullición de la literatura apologética de mediados del siglo XV.

En resumen, quiero llamar la atención sobre un dato: me parece ciertamente sintomático que fueran precisamente las personas cercanas al entorno del príncipe Enrique quienes llevasen la voz cantante en la defensa de los conversos tras el *pogrom* de 1449. Gracias a ello, durante los años inmediatamente anteriores a su coronación, el futuro Enrique IV gozaba de una opinión inmejorable entre conversos y judíos. Tal aserto puede observarse con claridad en las exequias de Juan II, celebradas en 1454 en Arévalo, en las que miembros de las tres creencias existentes en el reino de Castilla y León, cristianos, sarracenos y judíos, procedieron a aclamar al sucesor del fallecido monarca, como se recoge en los anales de la villa abulense donde se celebró el acto funerario:

Juntos a la Plaza del Palacio Real las justicias, regidores y escribanos, **caballeros hijosdalgo y plebeyos, todos juntos, y judíos y moros**, comenzaron a mesar muy bravamente y hacer muy grandes llantos [...] Y después [...] comenzaron a dar gritos y alaridos en señal de alegría [...] y subieron a la cerca con las armas de don Enrique y colocaron el dicho pendón con dichos

---

<sup>65</sup> Catalogada por Heinz Schreckenberg, *Die chrislichen Adversus-Judaeus-Texte und ihr literarisches und historisches Umfeld (13.-20. Jh.)*, Frankfurt am Main, Peter Lang, 1994. El caso castellano es tratado por María Luisa Antonaya, «La literatura *adversus iudaeos*: obras de polémica religiosa (un manuscrito del siglo XV)», en *Edición y anotación de textos. Actas del I Congreso de Jóvenes Filólogos*, ed. Carmen Parrilla et al., A Coruña, Universidade, 1998, I, pp. 97-102.

<sup>66</sup> Ramón González Ruiz, «El bachiller Palma y su obra de polémica proconversa», en «*Qu'un sang impur...*» *Les Conversos et le pouvoir en Espagne à la fin du moyen âge. Actes du 2ème colloque d'Aix-en-Provence, 18-19-20 novembre 1994*, coord. Jeanne Battesti Pelegrin, Aix-en-Provence, Publications de l'Université de Provence, 1997, pp. 47-59.

<sup>67</sup> Carmen Parrilla, «La literatura apologética en el siglo XV: el *Declarante de judíos*», en *Actas del III Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, ed. María Isabel Toro Pascua, Salamanca, Biblioteca Española del Siglo XV, 1994, II, pp. 757-765.

escudos, y desde la puerta dieron voces diciendo: “¡Castilla, Castilla por el rey don Enrique!”<sup>68</sup>

Obviamente, no hay que tomar al pie de la letra la alusión, pero sí es una imagen literaria recurrente como apología de las virtudes del monarca. Tres siglos atrás, en 1139, las crónicas señalan de forma idéntica que “los tres pueblos”, cristianos, judíos y musulmanes, salieron al encuentro de Alfonso VII y celebraron “con laúdes y cítaras, timbales y otros instrumentos musicales” las victorias del Emperador sobre los temidos almorávides.<sup>69</sup> Incluso la literatura sefardí presenta alguna que otra muestra de esta imagen, según ha demostrado el profesor Samuel Armistead.<sup>70</sup> Ahora bien: no creo casual que esta imagen de judíos, cristianos y musulmanes obedientes al monarca se aplique a un rey como Enrique IV. Es significativa, en mi modesta opinión, de que su actitud, benévola en lo espiritual e inteligente en términos políticos, ayudó a mitigar los temores y la incertidumbre que judíos y conversos poseían durante los últimos años del reinado de Juan II. Y eso que la nueva etapa se inició con un acontecimiento poco halagüeño para cristianos nuevos y hebreros: la canonización de San Vicente Ferrer,<sup>71</sup> principal responsable, con sus encendidas predicaciones durante el reinado de Juan II,<sup>72</sup> de las conversiones en masa al cristianismo, e, indirectamente, de la perpetuación de modelos de comportamiento antisemitas.<sup>73</sup>

---

<sup>68</sup> Juan José de Montalvo, *De la Historia de Arévalo y sus sexmos* [1928], Ávila, Institución Gran Duque de Alba, 1983, pp. 222-223.

<sup>69</sup> José Jiménez Lozano, *Sobre judíos, moriscos y conversos. Convivencia y ruptura de las tres castas*, Valladolid, Ámbito, 2002, p. 23.

<sup>70</sup> Samuel G. Armistead, «The memory of tri-religious Spain in the sephardic romancero», en *Encuentros & Desencuentros. Spanish-Jewish Cultural Interaction Throughout History*, eds. Carlos Carrete Parrondo, Marcelo Dascal, Francisco Márquez Villanueva y Ángel Sáenz-Badillos, Tel Aviv, University Publishing Projects, 2000, pp. 265-286.

<sup>71</sup> Laura A. Smoller, «Miracle, Memory, and Meaning in the Canonization of Vicente Ferrer, 1453-1454», en *Speculum*, 73-2 (1998), pp. 429-454.

<sup>72</sup> Pedro M. Cátedra, *Sermón, sociedad y literatura en la Edad Media: San Vicente Ferrer en Castilla (1411-1412)*, Valladolid, Junta de Castilla y León-Consejería de Cultura y Turismo, 1994.

<sup>73</sup> El testimonio del anónimo recopilador de noticias de la crónica de Juan II conservadas en un manuscrito de la British Library (Egerton, 1875) es rotundamente esclarecedor: “Oý yo dezir a mi agüelo que este mesmo frayle [*i.e.*, San Vicen-

Ante todos estos temores, la reacción de Enrique IV estuvo destinada a tranquilizar a la comunidad hebrea en su más amplio sentido, como Yosef ibn Shem Tob, en uno de sus sermones pronunciado en 1452,<sup>74</sup> hacía constar:

Estando el príncipe don Enrique en las ciudades del Andalucía, la comunidad de Segovia envió dos judíos de sus *nekhbadim* –hombres honrados– que relataron acerca del pueblo que se levantó en contra de ellos con falsas acusaciones en el día de la muerte de su Messía. Esto lo hicieron para robarles. Y él [*i.e.*, Enrique IV] me ordenó que vaya a esa ciudad y me dio cartas para el regidor de ella y para sus otros gobernadores, y a la comunidad envió una carta para consolarlos y hablar a su corazón.<sup>75</sup>

## 2.- Alabanzas poéticas de los conversos a Enrique IV

Alzado como monarca en 1454, durante sus primeros años de gobierno numerosísimos conversos coparon los lugares de importancia en el organigrama de la corte de Enrique IV, no sólo en los típicos puestos de contadores y recaudadores,<sup>76</sup> sino en otros de más profundo cala-

---

*te Ferrer*] avía sido causa de la gran matanza de los judíos en Toledo, quando el molino que dizen del Degolladero cobró aquel nombre por la carnicería que allí se hizo principalmente de nueve o diez judíos con mugeres e hijos, los más ricos de la cibdad, cuyas cabeças se cortaron sobre la canal del molino. Cosa dolorosa de ver, moler la rueda con sangre de hombres en lugar de agua.” *Cosas sacadas de la Historia del Rey Don Juan el Segundo (BL Ms Egerton 1875)*, eds. Angus MacKay y Dorothy S. Severin, Exeter, University of Exeter, 1981, p. 6.

<sup>74</sup> Conservado en el manuscrito 61 del Jews College de Londres. Ha sido objeto de estudio por parte de Eleazar Gutwirth, «El gobernador judío ideal: acerca de un sermón inédito de Yosef ibn Shem Tob», en *Actas del III Congreso Internacional Encuentro de las Tres Culturas (Toledo, 15-17 de octubre de 1984)*, ed. Carlos Carrete Parrondo, Toledo, Ayuntamiento de Toledo-Universidad de Tel Aviv, 1988, pp. 67-75.

<sup>75</sup> *Ibidem*, p. 74.

<sup>76</sup> Véase Liciniano Sáez, *Demostración histórica del verdadero valor de todas las monedas que corrían en Castilla durante el reinado del señor don Enrique IV*, Madrid, Imprenta de Sancha, 1805, pp. 195 ss.

do,<sup>77</sup> pues todos ellos hacían gala de esa misma formación técnica y de esa amplia cultura que les había servido para acceder a los puestos del gobierno urbano.<sup>78</sup> Muchos engrosarían esa especie de grupo social, el de los letrados, que tanta importancia habría de tener desde entonces en la historia cultural hispana.<sup>79</sup> Uno de los casos más ejemplificantes es el de Pero Díaz de Toledo, autor de uno de los dos tratados paremiológicos dedicados a Enrique IV de Castilla cuando éste era aún Príncipe de Asturias: los mal llamados *Proverbios de Séneca*, pues la atribución al filósofo cordobés no es total.<sup>80</sup> La labor del traductor converso Díaz de Toledo, aunque poco conocida en líneas generales,<sup>81</sup> supone el punto de partida para certificar el apoyo de los conversos a Enrique IV en sus primeros años de gobierno.<sup>82</sup>

Centrándonos en los testimonios líricos, ya di a conocer en otro trabajo la existencia de diversos ejemplos de construcción de la imagen positiva de Enrique IV a través de la poesía de cancionero, ejemplos que cronológicamente están todos ellos situados en los primeros diez años de su reinado.<sup>83</sup> El primero al que me referiré fue escrito por el todavía prácticamente ignoto poeta Ferrando Filipo (o Fernando Feli-

---

<sup>77</sup> Norman Roth, *Conversos, Inquisition, and the Expulsion of the Jews from Spain*, Madison, University of Wisconsin Press, 1995, pp. 120-121; y Gregory B. Kaplan, *The Evolution of Converso Literature. The Writings of the Converted Jews of Medieval Spain*, Gainesville, University Press of Florida, 2002, pp. 17-19.

<sup>78</sup> Márquez Villanueva, "The Converso Problem...", *art. cit.*, p. 318; y "Conversos y cargos concejiles...", *art. cit.*, pp. 503-540.

<sup>79</sup> José Antonio Maravall, «Los 'hombres del saber' o letrados y la formación de su conciencia estamental», en su libro *Estudios de historia del pensamiento español. I: Edad Media*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1983, pp. 333-362.

<sup>80</sup> El otro tratado son los famosos *Proverbios* del marqués de Santillana. Sobre ambos, véase José Luis Herrero Prado, «La educación del príncipe Enrique IV», en *Revista de Poética Medieval*, 7 (2001), pp. 11-52.

<sup>81</sup> Nicholas G. Round, *Pero Díaz de Toledo: a study of a 15th Century converso translator in his background*, Oxford, University of Oxford, 1967; y Barbara Ann Riss, *Pero Días (sic) de Toledo's «Proverbios de Séneca». An anotated edition of ms. S-II-10 of the Escorial Library (Spanish text)*, Berkeley, University of California Berkeley, 1979, 2 vols.

<sup>82</sup> Generalmente, se tiende a minimizar el papel desempeñado por Enrique IV en este apoyo a conversos y se atribuye casi en exclusiva a sus consejeros, siguiendo la idea de José Amador de los Ríos, *Historia social, política y religiosa de los judíos de España y Portugal*, Madrid, Aguilar, 1960, pp. 619-620.

<sup>83</sup> Perea Rodríguez, *art. cit.*, pp. 47 ss.

pe) de Escobar, de quien no haremos demasiada cuenta precisamente porque el desconocimiento de su biografía, acreditada sólo a través de los datos autobiográficos que él mismo nos ofrece en su poema, hace aventurado en exceso saber si era o no de origen converso. Bástenos destacar únicamente la primera estrofa de su *Epístola que a nuestro señor el Rey se deresça*, para que podamos apreciar el tono laudatorio en que se moverá el resto de poemas que veremos a continuación:

Mavorte por lança, en potença Maçedo,  
por ánimo Jullio, en riqueza gran Dario,  
rodilla fincada, con vulto muy ledo,  
oy beso tu solio, segund buen sacrario.  
Varón animoso, más fuerte que Mario,  
Sertorio y Metello y gentil Cipión,  
por méritos digno ser rey de Sión  
y el orbe universo te ser tribuydo.<sup>84</sup>

El siguiente poeta en que nos detendremos es Pero Guillén de Segovia, sobre cuya biografía cierto es que planean más sombras que luces. Pese a ello, es autor más conocido que Escobar, sin duda por pertenecer al denominado “círculo literario” del Arzobispo de Toledo, Alonso Carrillo,<sup>85</sup> conocido protector de las artes y las ciencias durante el inicio de la segunda mitad del siglo XV. Fue asimismo Carrillo un prelado ciertamente protector de los conversos, lo que hace albergar más sospechas de que Guillén de Segovia perteneciese a tal grupo social. En cualquier caso, el poeta fue autor de una de las más importantes defensas poéticas de Enrique IV: se trata de un poema compuesto en 1455, el mismo año en que, como nos indica la rúbrica,<sup>86</sup> el nuevo monarca

---

<sup>84</sup> El poema (ID 0200), en Perea Rodríguez, *art. cit.*, p. 48. Para la localización de los poemas, sigo la numeración (ID) acuñada por Brian Dutton, *El Cancionero castellano del siglo XV (c. 1360-1520)*, Salamanca, Ediciones de la Universidad, 1990-91, 7 vols.

<sup>85</sup> Pero Guillén de Segovia, *Obra Poética*, ed. Carlos Moreno Hernández, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1989, *passim*.

<sup>86</sup> Cleofé Tato, «Las rúbricas de la poesía cancioneril», en *Canzonieri iberici*, ed. Patrizia Botta, Carmen Parrilla e Ignacio Pérez Pascual, Noia, Toxosoutos-Università di Padova-Universidade da Coruña, 2001, pp. 351-372; y «De rúbricas y cancioneros», en “*Vir bonus docendi peritus*”: *Homenaxe a José Pérez Riesco*, coords. X.

“fizo paces con Aragón e Navarra”, tal vez el suceso más importante de cara al exterior del recién llegado al trono.<sup>87</sup> En concreto, la alabanza presenta a Enrique IV como seguidor de una rápida pacificación, motivo por el que (siempre según Guillén de Segovia), el rey debía de ser mucho más loado que los antiguos césares romanos, ya que había logrado alcanzar la *pax* mucho más rápido que aquéllos quienes eran alabados por tal razón:

Ya que se amansa la furia de Mares  
con paz y sosiego firmada por ley,  
roguemos a Dios por vida del rey  
los religiosos, también los seglares.  
Motetes, baladas, rimados cantares  
cantemos, loando al rey su vitoria,  
por que caer pueda de nuestra memoria  
la fama estendida de los Doce Pares.

Del fecho de Roma no escribe Valerio,  
Séneca, Ovidio, ni menos Lucano,  
que Çésar Augusto nin Octaviano  
tan breves pusiesen en paz el inperio.  
Con farpa, valdosa, laúd e salterio  
los músicos loen al Rey Don Enrique,  
y escriban actores, por que se publique  
el alto triunfo d’aqueste misterio.<sup>88</sup>

Pero sin duda el mayor hito en la construcción lírica efectuada por conversos de una imagen totalmente favorable a Enrique IV se halla en el poema *Clío despierta, despierta*, obra del bachiller Pedro de León, un converso vallisoletano que cursó estudios en el colegio catedralicio de la ciudad del Pisuerga y que, además, está emparentado con Fray Luis de León, en cuyo proceso inquisitorial aparece mencionado como antepasado del famoso literato renacentista.<sup>89</sup> El poema era práctica-

---

A. Fernández Roca y M. J. Martínez López, A Coruña, Universidade de A Coruña, 2002, pp. 451-470.

<sup>87</sup> Martín, *ob. cit.*, pp. 94-101.

<sup>88</sup> (ID 1726). Guillén de Segovia, *ed. cit.*, p. 175.

<sup>89</sup> Perea Rodríguez, *art. cit.*, pp. 54-55.

mente desconocido, tal vez por figurar en un pequeño cancionerillo que formaba parte del perdido (pero ya prácticamente recuperado) *Cancionero de Barrantes*,<sup>90</sup> que perteneció al maestro don Antonio Rodríguez-Moñino y que hoy día reposa en la Biblioteca de la Real Academia Española.<sup>91</sup> A través de sus versos, Pedro de León hace presentar al rey como la encarnación del mismísimo Jesucristo, con un componente apologético de tipo mesiánico cuya aplicación a Enrique IV, al menos hasta ahora, resultaba totalmente desconocida:

El glorioso Mexías,  
requiriendo su registro,  
con todas sus gerarchías.  
ordenó que, en nuestros días,  
un traslado fuese visto  
elegido para Cristo,  
ungido por ser propheta  
para cavallero e Rey,  
augmentador de la ley,  
paçifficante su grey,  
perseguidor de la secta  
del malvado Machometa.<sup>92</sup>

Con el aval de la divinidad, las cualidades como caballero, como rey y como gobernante de Enrique IV no se discuten, sino que su clemencia y su benignidad son exaltadas hasta el paroxismo por Pedro de León, recurriendo a un tópico senequista de gran valor: la ausencia de aguijón

---

<sup>90</sup> Brian Dutton y Charles B. Faulhaber, «The 'Lost' Barrantes Cancionero», en *Florilegium Hispanicum. Medieval and Golden-Age Studies presented to Dorothy Clotelle Clarke*, ed. John S. Geary et al., Madison, Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1983, pp. 179-202; Ángel Gómez Moreno y Carlos Alvar, «Más noticias sobre el *Cancionero de Barrantes*», en *Revista de Filología Española*, 66 (1986), pp. 111-113; Maxim P. A. M. Kekhof, «El manuscrito 22.335 de la Biblioteca Nacional de Madrid: otro fragmento del 'perdido' *Cancionero de Barrantes*», en *Neophilologus*, 71 (1987), pp. 536-542; y Juan Carlos Conde y Víctor Infantes, «Un nuevo fragmento del *Cancionero de Barrantes*», en *Revista de Literatura Medieval*, XI (1999), pp. 209-215.

<sup>91</sup> El poema (ID 4378) figura en el *Cancionero del siglo XV* de la Real Academia, V-6-73 (MR2). Véase Dutton, *El Cancionero del siglo XV*, II, p. 621.

<sup>92</sup> (ID 4378). Perea Rodríguez, *art. cit.*, pp. 59-60, vv. 13-24.



en la abeja reina, dando a entender que la ausencia de ira en Enrique IV era cualidad extraordinaria para un gobernante.

¿Quién vido Rey tan clemente?  
¿Quién vido Rey tan benigno?  
Perdona de buenamente  
el rigor e mal talente  
a qualquier ome mezquino;  
ira no'l vence, nin vino.  
Siéntele divinidat,  
que penó cómmo non presienten  
malçiosos que consienten  
blasfemar en lo que mienten,  
de tan extrema bondat  
sin alguna paridat.

Claro, velloso sin punta,  
es buen Rey a las abejas;  
otro tal –fago pregunta–,  
copioso sin repunta,  
si lo vistes so las tejas,  
dezidlo, falsas golpejas.<sup>93</sup>

Finalmente, toda la carga apologética que emana de Enrique IV se convierte en un mensaje profético que otorga al monarca poder sobre los asuntos espirituales y temporales, lo que viene a incidir de nuevo en el componente mesiánico de la propaganda favorable al rey escrita por conversos.

Manda Dios que profetize  
lo que me tien revelado:  
esle poder otorgado  
sobre todo lo poblado;  
suelva e anathematize,  
e con virtud monarchize.<sup>94</sup>

---

<sup>93</sup> (ID 4378). Perea Rodríguez, *art. cit.*, pp. 65-66, vv. 133-150.

<sup>94</sup> *Ibíd.*, p. 71, vv. 241-246.

A través de sus estrofas, Pedro de León muestra con cierta claridad, en mi modesta opinión, el esfuerzo ideológico de los conversos para fortalecer la monarquía de Enrique IV pensando sin duda en su propio beneficio, esto es, en tener un rey fuerte para ver alejados de sí disturbios y revueltas como las acontecidas en Toledo en 1449. Esta construcción de Enrique IV como monarca sólido, como garante de la estabilidad del reino, es asimismo visible en un último eslabón de las apologías sobre las virtudes enriqueñas: la anónima refundición de las *Siete Edades del Mundo*, de Pablo de Santa María,<sup>95</sup> tal vez el más ilustre y egregio representante de los conversos en el siglo XV.<sup>96</sup> Aunque la redacción del cuerpo principal de la obra se remonta al arco cronológico marcado por los años 1416-1418,<sup>97</sup> hay un par de manuscritos fechados hacia el año 1460 que contienen una refundición anónima con nuevas estrofas añadidas. Las relacionadas con la historia de España son nueve, de tono “acusadamente laudatorio y panegírico” a favor de Enrique IV,<sup>98</sup> ya que en la versión original de Pablo de Santa María el último monarca mencionado era Juan II, como es lógico, ya que el autor falleció antes de la llegada de Enrique IV al trono. Aunque por su anonimato no podemos aseverar el origen converso del autor de esta refundición, no sería de extrañar, toda vez que sí lo era Pablo de Santa María, y en su eminente obra está inserta.<sup>99</sup> Además, parece bastante claro que el refundidor de *Las Siete Edades del Mundo* conocía bien la manera que otros panegiristas conversos habían alabado a Enrique

---

<sup>95</sup> Juan Carlos Conde, *La creación de un discurso historiográfico en el cuatrocientos castellano: las “Siete Edades del Mundo” de Pablo de Santa María. (Estudio y edición crítica)*, Salamanca, Ediciones de la Universidad, 1999.

<sup>96</sup> Francisco Cantera Burgos, *Alvar García de Santa María y su familia de conversos*, Madrid, CSIC, 1952; y Judith Gale Krieger, *Pablo de Santa María: His Epoch, Life and Hebrew and Spanish Literary Production*, (Tesis Doctoral), Los Ángeles, UCLA, 1988.

<sup>97</sup> Conde, *ob. cit.*, p. 22.

<sup>98</sup> *Ibidem*, p. 235.

<sup>99</sup> Es decir, podríamos hablar de unas relaciones literarias conversas, en la línea del pensamiento de Alan Deyermond, «Las relaciones literarias en el siglo XV», en *Actes del X Congr s Internacional de l’Associació Hisp nica de Literatura Medieval*, eds. Rafael Alemany, Josep Lluís Martos i Josep Miquel Manzanaro, Alacant, Institut Interuniversitari de Filologia Valenciana, 2005, I, pp. 73-92, especialmente p. 85.

IV, ya que incide prácticamente en todos los aspectos que hemos visto antes ya mencionados, sobre todo en el valor de la reanudación de la campaña de Granada,<sup>100</sup> y en la caracterización del rey como caballero victorioso en la guerra contra el infiel.

Otros grandes hechos que, más largamente  
por su grande storia, adelante verán  
aquellos que tras de nosotros vernán,  
me callo, por ser cosa de ynconviniente;  
mas para en aquesto basta solamente  
la su grande guerra y hecho muy estraño  
que contra los moros hizo el primer año,  
y haze otrosí después por consiguiente.

Aquesta conquista, bien como olvidada,  
d'aqueste reynado de nós comarcano,  
así la tomó por enpresa tenprano  
como si fuera para él solo guardada,  
que, quando justó la primera vegada,  
para demostrar que, por la conquerir,  
si caso fuera, no dubdara morir,  
ençima del yelmo llevó la granada.<sup>101</sup>

Pero, por encima de todo, vuelve a ser la idea del rey como garante de la tranquilidad y la paz del reino (es decir, el aspecto de gobierno que más interesaba a los conversos para su vida cotidiana), lo que el anónimo versificador se encarga de destacar, en una clarísima imagen que eleva la paz lograda por Enrique IV muy por encima de los disturbios acontecidos en el reinado de Juan II, como se demuestra en estas coplas:

Mas aun otros hechos muy más señalados  
se hallan d'aqueste que de otro pasado:  
que siempre ha tenido el reyno sosegado,

---

<sup>100</sup> Echevarría Arsuaga, *art. cit.*, *passim*.

<sup>101</sup> Reproduzco estas estrofas (338.III y 338.IV), con modificaciones de acentuación y puntuación, de la transcripción semipaleográfica del texto de la *Refundición de las Siete Edades del Mundo* efectuado por Conde, *ob. cit.*, p. 409.

estando los tiempos muy ocasionados;  
y todos los grandes que son aliados  
en sus opiniones contra su querer,  
así han temor de su grant poder  
que todos andan como desatinados.

Si otra grandeza queremos buscar  
allende d'estotras tan grandes y tales,  
por muchos bolliçios de sus naturales  
no dexó por eso la guerra olvidar,  
ni dexe negoçio sin le reparar  
ni cosa por eso de dar como suele,  
que al que bien le sirve da lo que más duele  
y sabe a los otros también castigar.<sup>102</sup>

Téngase también en cuenta que la presentación mesiánica de Enrique IV efectuada por los poetas conversos pudo haber estado impregnada de cierto espíritu milenarista hebreo, acorde con algunos testimonios sobre la mítica vuelta a Sión que conocemos hoy día por haber sido recogidos en el proceso inquisitorial a los Arias Dávila.<sup>103</sup> Fue precisamente durante los años 60 del siglo XV cuando circuló un rumor milenarista en ciertos ambientes cortesanos: según los cálculos de la *Redención de Israel*, atribuida a Abraham ibn Ezra, la misma conjunción estelar entre Saturno y Júpiter que proporcionó a Moisés las Tablas de la Ley iba a repetirse en 1464, por lo que en el entorno hebreo y converso de Castilla se especulaba con la posibilidad de la llegada del Mesías para esa fecha.<sup>104</sup>

En resumen, todos estos poemas, escritos por conversos o influidos por la forma en que los conversos pretendían apuntalar la monarquía, están encuadrados cronológicamente en el decenio de éxitos y parabienes cosechados por Enrique IV, por lo que su entorno social estuvo determinado por la relativa tranquilidad de la vida cotidiana de conversos

---

<sup>102</sup> Conde, *ob. cit.*, estrofas 338.VII y 338.VIII, p. 409.

<sup>103</sup> Alisa Meyuhas Ginio, «Las aspiraciones mesiánicas de los conversos en Castilla de mediados del siglo XV», en *El Olivo*, 29/30 (1989), pp. 217-233.

<sup>104</sup> Eleazar Gutwirth, «Reacciones ante la expulsión: del siglo XV al XVII», en *Judíos. Sefarditas. Conversos. La expulsión de 1492 y sus consecuencias*, ed. Ángel Alcalá, Valladolid, Ámbito, 1995, pp. 195-217, especialmente p. 204.

y judíos en su siempre problemática convivencia con los cristianos.<sup>105</sup> Entre 1454 y 1462, la crisis provocada por la rebelión toledana de 1449 parecía haber sido superada por la fortaleza del nuevo monarca, por el éxito de su política y por la sabiduría de su gobierno, incluidas algunas normas favorables a judeoconversos. Baste un botón como muestra: en un año tan temprano de su reinado como 1457, Enrique IV concedió a la ciudad de Jaén, gobernada por su colaborador Lucas de Iranzo,<sup>106</sup> un privilegio en la que se hacía “francos e libres e esentos e quitos” de algunos impuestos a “christianos e judíos e moros”.<sup>107</sup> Por tal motivo, no sólo no es extraña la extensa nómina de funcionarios conversos que acompañaban al rey, sino que es asimismo destacable la vida cotidiana absolutamente normal de muchos judíos, no sólo los ligados al entorno cortesano en puestos de importancia,<sup>108</sup> sino también algunos financieros y mercaderes de la talla de Abraham Seneor,<sup>109</sup> o médicos como Rabí Jacob ibn Núñez,<sup>110</sup> físico personal del monarca y que,<sup>111</sup> al inicio

---

<sup>105</sup> Este decenio está ausente de análisis en la obra de Amador de los Ríos (*ob. cit.*), que salta de 1449 a 1462.

<sup>106</sup> Acusado por las maledicentes *Coplas del Provincial* (ID 4119) de ser asimismo de origen judío: “A fray conde sin condado, / condestable sin provecho, / ¿a cómo vale el derecho / de ser villano probado?” Julio Rodríguez Puértolas, *Poesía crítica y satírica del siglo XV*, Madrid, Castalia, 1981, p. 238, vv. 17-20. Sobre su actuación en Jaén a favor de los conversos, véase Luis Coronas Tejada, *Judíos y judeoconversos en el reino de Jaén*, Jaén, Universidad de Jaén, 2003, pp. 72-73.

<sup>107</sup> Reproducido parcialmente por Coronas Tejada, *ob. cit.*, pp. 60-61.

<sup>108</sup> El caso paradigmático es el de Rabí Yucé, embajador de Enrique IV en Portugal y negociador del contrato matrimonial del monarca con la reina Juana. El documento puede verse en Antonio de la Torre y Luis Suárez Fernández, *Documentos referentes a las relaciones con Portugal durante el reinado de los Reyes Católicos*, Valladolid, CSIC, 1958-1963, I, doc. 6, pp. 25-41.

<sup>109</sup> Véase Haim Beinart, «The Senior Dynasty», en su libro *The Expulsion of the Jews*, citado en nota siguiente, pp. 413-500.

<sup>110</sup> Haim Beinart, *The Expulsion of the Jews from Spain*, Oxford-Portland, The Littman Library of Jewish Civilization, 2002, pp. 4-5.

<sup>111</sup> El hijo de Rabí Jacob ibn Núñez, llamado Rabí Yoçé, se refugiaría posteriormente en Portugal y sería uno de los ilustres hebreos firmantes de una petición hecha a los Reyes Católicos en noviembre de 1492, por la cual solicitaban que los judíos expulsados que así lo desearan pudieran volver a Castilla y convertirse al cristianismo. Véase Haim Beinart, «Vuelta de judíos a España después de la expulsión», en *Judíos. Sefarditas. Conversos. La expulsión de 1492 y sus consecuencias*, ed. Ángel Alcalá, Valladolid, Ámbito, 1995, pp. 181-194, especialmente p. 182.

del reinado, había sido nombrado Rabí mayor de Castilla por el rey;<sup>112</sup> o del doctor Rabí Simuel, natural de Cuéllar (Segovia), en cuya ciudad solía habitar y donde daba de cuando en cuando explicaciones públicas sobre complejos temas teológicos,<sup>113</sup> tal vez en la línea de las refutaciones sobre la interpretación cristológica de la Biblia que, hacia 1456, escribía en el reino otro sabio hebreo, Hayyim ibn Musa.<sup>114</sup> Aparte de estos, hay otros dos claros ejemplos más de que durante el primer decenio enriqueño la situación no parecía ser tensa para los judíos en Castilla como lo fue en el reinado anterior y como lo sería en el posterior. El primero de ellos es el hecho de que un sabio hebreo de la talla de Haim Gaguine, nacido en Marruecos, tomase la decisión de viajar a Castilla en el año 1467, pese al eco de ciertos disturbios antisemitas ocurridos en Toledo,<sup>115</sup> para estudiar con dos destacados rabinos y maestros que vivían en ese reino, Isaac Aboab y Joseph Uzziel.<sup>116</sup> El segundo detalle al que me refiero es la instalación, aproximadamente durante la misma época, del impresor judío Selomón Alqabés en Guadalajara, donde realizó una importante labor de difusión de obras escritas en hebreo y en castellano.<sup>117</sup> Dentro de las limitaciones de prudencia que exige el hecho de generalizar sobre la situación social de judíos y conversos en el reino, sí es cierto que a través de estos ejemplos se percibe un clima de cierta bonanza y de al menos aparente tranquilidad,<sup>118</sup> tanto en lo tocante a su relación con la monarquía como a las entabladas indivi-

---

<sup>112</sup> Amador de los Ríos, *ob. cit.*, p. 617.

<sup>113</sup> Jiménez Lozano, *ob. cit.*, p. 28.

<sup>114</sup> Benzion Netanyahu, *The Marranos of Spain. From the Late XIVth to the Early XVIth Century According to Contemporary Hebrew Sources*, New York, Kraus Reprint, 1973, pp. 131-132.

<sup>115</sup> Amador de los Ríos, *ob. cit.*, p. 633.

<sup>116</sup> Mitchell M. Serels, «La primera generación de judíos españoles en Marruecos: llegada y asentamiento», en *Judíos. Sefarditas. Conversos*, *ob. cit.*, pp. 236-245, especialmente p. 237.

<sup>117</sup> Ángel Pérez Pascual, «La imprenta hebrea del siglo XV en Guadalajara», en *Decíamos ayer... Estudios de alumnos en honor a María Cruz García de Entrerría*, eds. C. Castillo Martínez y J. M. Lucía Megías, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 2003, pp. 311-320.

<sup>118</sup> Argumentos utilizados por Mark D. Meyerson, *A Jewish renaissance in Fifteenth-Century Spain*, Princeton, University Press, 2004.

dualmente entre miembros de esa comunidad y la nobleza señorial,<sup>119</sup> o incluso en la política de los concejos urbanos.<sup>120</sup> Y, por supuesto, la posición de Enrique IV como responsable de la paz y de la estabilidad del reino, entonces indiscutida e indiscutible, era la principal razón en que se cimentaba la aparente tranquilidad en la vida cotidiana de los conversos.

Hay un último punto que tratar en cuanto a los escritos poéticos en que se denota la relación entre Enrique IV y los conversos. En el *Cancionero de Vindel*,<sup>121</sup> compilado según su editor hacia los años centrales del siglo XV,<sup>122</sup> se conserva un curioso poema en el que un enigmático “Príncipe” se burla de Juan Poeta, uno de los más conocidos trovadores conversos del Quinientos hispano:

Dezir del Príncipe a Johan Poeta

¡Mala Pasqua vos dé Dios  
con vuestra lengua prolixa!  
Pues havés vestido vos,  
¿por qué no vestís la pixa?<sup>123</sup>

Como puede observarse, la burla se establece en uno de los clichés burlescos por antonomasia de los *cristianos nuevos*: haber sido circuncidados cuando eran judíos. Aunque para Dutton el enigmático príncipe

---

<sup>119</sup> Isabel Beceiro Pita, «La vinculación de los judíos a los poderes señoriales castellanos (siglos XII-XV)», en *Xudeus e Conversos na Historia. II.- Sociedade e Inquisición*, ed. Carlos Barros, Santiago de Compostela, Editorial de la Historia, 1994, pp. 95-109.

<sup>120</sup> Asunción Esteban Recio, *Las ciudades castellanas en tiempos de Enrique IV: estructura social y conflictos*, Valladolid, Secretariado de Publicaciones de la Universidad, 1985.

<sup>121</sup> Conservado en la Hispanic Society de Nueva York (Ms. B 2280). BETA, CNUM 266.

<sup>122</sup> Rafael W. Ramírez de Arellano y Lynch, *Cancionero castellano del siglo XV. The “Cancionero de Vindel”, Ms. B2280 in the Library of the Hispanic Society of America, New York: Critical Edition and Text*, Ann Arbor, University of Michigan Microfilms, 1971, 2 vols.

<sup>123</sup> (ID 2354). Tomo el texto, con ligeras modificaciones de puntuación y acentuación, de Ramírez de Arellano, *ob. cit.*, I, p. 286.

es Fernando el Católico,<sup>124</sup> resulta cuando menos tentador pensar que hubiera podido ser Enrique IV, en sus tiempos de príncipe de Asturias, el autor de este poema, lo que sin duda abriría nuevas perspectivas al análisis de su relación con los conversos.<sup>125</sup>

### 3.- Los conversos abandonan a Enrique IV

Toda la virtud enriqueña en forma de benevolencia con los conversos fue paulatinamente tornada en defecto, siguiendo el camino de la agitación política que comenzó a socavar las estructuras de gobierno en el reino de Castilla. Todo el devenir de la caída de Enrique IV estuvo acompañado de una amplísima multitud de rumores que se expandió entre el pueblo llano a modo de maledicentes ecos de la particular querencia de Enrique IV hacia judíos y conversos.<sup>126</sup> Curiosamente, fue algo que también le ocurrió a algunos de sus colaboradores, como al Marqués de Villena, Juan Pacheco, hombre fuerte de la política castellana.<sup>127</sup> Pero al final el propio monarca, acosado en todos los frentes, tuvo que modificar su primigenio apoyo “oficial” a los conversos, que había actuado como bálsamo de protección sobre algunos movimientos antihebreos visibles en los primeros años de su reinado,<sup>128</sup> y abando-

---

<sup>124</sup> Dutton, *ob. cit.*, VII, p. 419.

<sup>125</sup> Además, hay otro candidato mucho más probable, sobre todo teniendo en cuenta la relación del *Cancionero de Vindel*, donde se encuentra el citado poema, con los ambientes literarios navarro-aragoneses de mediados del siglo XV: Carlos de Aragón, príncipe de Viana. Sobre este poema y otros aspectos relacionados con la posible corte literaria del príncipe de Viana remito a un trabajo, de inminente aparición, a cargo de Josep Lluís Martos Rodríguez.

<sup>126</sup> Roger Boase, *El resurgimiento de los trovadores. Un estudio del cambio social y el tradicionalismo en el final de la Edad Media en España*, trad. José Miguel Muro, Madrid, Pegaso, 1981, pp. 105-110.

<sup>127</sup> Moisés Orfali, «El judeoconverso hispano: historia de una mentalidad», en *Xudeus e Conversos na Historia. I.- Mentalidades e Cultura*, ed. Carlos Barros, Santiago de Compostela, Editorial de la Historia, 1994, pp. 117-134, especialmente p. 129.

<sup>128</sup> José María Monsalvo Antón, «Mentalidad antijudía en la Castilla medieval», en *Xudeus e Conversos na Historia*, *ob. cit.*, pp. 21-84.



narlos a su suerte. Los conversos fueron, de esta forma, víctimas del tan querido y tan medieval tópico de la mudabilidad de la fortuna.<sup>129</sup>

El más destacado aguijón contrario a la política pro-conversa de Enrique IV fue el pertinaz acoso del criptojudáismo efectuado por fray Alonso de Espina,<sup>130</sup> un predicador franciscano del que apenas se conocen noticias biográficas,<sup>131</sup> pero que se reveló como el más colérico religioso antisemita a través de la predicación de algunos conocidos estereotipos antijudaicos,<sup>132</sup> sobre todo el de los sacrificios rituales que los judíos hacían de niños cristianos:<sup>133</sup> el conocido como crimen del Santo Niño de La Guardia,<sup>134</sup> acontecimiento de intensa presencia en la literatura de los Siglos de Oro.<sup>135</sup> La presión del confesor y de su entorno sobre el rey debió de comenzar hacia 1461; en este año, el padre Sigüenza, reputado historiador de los Jerónimos, recoge una carta en la

---

<sup>129</sup> Stephen Gilman, «The “conversos” and the Fall of Fortune», en *Collected Studies*, ob. cit., pp. 127-136.

<sup>130</sup> Melammed, *op. cit.*, pp. 20-21.

<sup>131</sup> De ahí que se haya especulado sobre su posible origen converso, como, por ejemplo, sospecha Haim Beinhart, *Conversos on Trial: The Inquisition in Ciudad Real*, Jerusalén, Magnes Press, 1981, pp. 8 ss. Se muestra contrario al origen converso del fraile franciscano el erudito Benzion Netanyahu, «Alonso de Espina – Was he a New Christian?», en *Toward The Inquisition*, ob. cit., pp. 43-75.

<sup>132</sup> Gavin L. Langmuir, *History, Religion, and Antisemitism*, Berkeley, University Press, 1990, pp. 275-305.

<sup>133</sup> John M. McCulloh, «Jewish Ritual Murder: William of Norwich, Thomas of Monmouth, and the Early Dissemination of the Myth», en *Speculum*, 72-3 (1997), pp. 698-740. Para el caso peninsular, Marie Despina, «Las acusaciones de crimen ritual en España», en *El Olivo*, 9 (1979), pp. 48-70.

<sup>134</sup> Stephen Halliczer, «The Jew as Witch: Displaced Agression on the Myth of the Santo Niño de La Guardia», en *Cultural Encounters – The Impact of the Inquisition in Spain and the New World*, ed. Mary E. Perry y Anne Cruz, Berkeley, University of California Press, 1991, pp. 146-156; Luis Suárez Fernández, *La expulsión de los judíos*, Madrid, Mapfre, 1991, pp. 314-318; Carlos Carrete Parrondo, *El judaísmo español y la Inquisición*, Madrid, Mapfre, 1992, pp. 77-87; y David Gitlitz, «Las presuntas profanaciones judías del ritual cristiano en el decreto de expulsión», en *Judíos. Sefarditas. Conversos*, ob. cit., pp. 150-169.

<sup>135</sup> Me refiero, por supuesto, a *El niño inocente de la Guardia*, de Lope de Vega, pero hay otras obras relacionadas. Véase André Stoll, «Conversiones / Inversiones. Modelos de asimilación para moros / moriscos y judeoconversos», en *Dejar hablar a los textos. Homenaje a Francisco Márquez Villanueva*, ed. Pedro M. Piñero Ramírez, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2005, II, pp. 775-810, especialmente pp. 804-805.

que los responsables del capítulo de la Orden (el irascible Espina incluido, por supuesto) instaban a Enrique IV a tomar medidas contra los conversos, a la vez que le recriminaban que “fasta aquel punto no había hecho nada”.<sup>136</sup> Paralelamente a estas acciones, Enrique IV emitió la petición al papa Nicolás V del nombramiento de inquisidores,<sup>137</sup> el antecedente más conocido en época enriqueña del tribunal de la Santa Inquisición.<sup>138</sup> Toda la furia de Espina y de aquellos que presionaron al rey se plasmaría algún tiempo más tarde en el *Fortalitium fidei* del irascible franciscano,<sup>139</sup> impreso en 1471 pero cuyo impulso redactor se remonta a estos años del reinado de Enrique IV que frisan con la década de los sesenta del siglo XV.<sup>140</sup> Para entonces, los problemas relacionados con su anterior protección a los conversos eran ya perfectamente visibles para Enrique IV:<sup>141</sup> como ejemplo, sirva el que en 1460 el rey tuviera que ceder ante el clamor popular de los vecinos de Toledo, prohibiendo a los judíos que celebrasen sus oraciones en una casa situada cerca de la judería de Santo Tomé, “en el adarve de Maestre Pedro”.<sup>142</sup>

Lo realmente curioso para nuestro propósito es que este desasosiego converso ante la defección del rey tuvo efecto inmediato en la literatura de la misma época, como se refleja en la epístola “que al señor rey Don

---

<sup>136</sup> Fray José de Sigüenza, *Historia de la Orden de San Jerónimo*, ed. Juan Catalina García, Madrid, Bailly-Baillière, 1907 (BAE, vols. VIII y XII), I, p. 366.

<sup>137</sup> Vicente Beltrán de Heredia, «Las bulas de Nicolás V acerca de los conversos en Castilla», en *Sefarad*, 21 (1961), pp. 22-47.

<sup>138</sup> Bartolomé Escandell Bonet, «Establecimiento de la Inquisición española moderna», en *Isabel la Católica vista desde la Academia*, coord. Luis Suárez Fernández, Madrid, Real Academia de la Historia, 2005, pp. 61-97, especialmente pp. 66-67.

<sup>139</sup> José María Monsalvo Antón, «Algunas consideraciones sobre el ideario anti-judío contenido en el *Liber III* del *Fortalitium Fidei* de Alonso de Espina», en *Aragón en la Edad Media. Homenaje a la profesora Carmen Orcástegui Gros*, XIV-XV (1999), t. II, pp. 1061-1087.

<sup>140</sup> Domínguez Ortiz, *ob. cit.*, pp. 10-12.

<sup>141</sup> Miguel Ángel Ladero Quesada, «1462: Un año en la vida de Enrique IV, rey de Castilla», en *En la España Medieval*, 14 (1991), pp. 237-274.

<sup>142</sup> Una copia del documento, expedido en Madrid el 9 de febrero de 1460, puede verse en BNM, ms. 13109, f. 146r-v.

Enrique enbió” mosén Diego de Valera alrededor de 1462.<sup>143</sup> Conocido participante en las polémicas de su tiempo,<sup>144</sup> incluidas las de sesgo anti o proconverso,<sup>145</sup> Valera enumeraba en su letra una larga serie de razones por las que mostraba el malestar del reino,<sup>146</sup> a pesar de que todavía el rey mantenía intacto su prestigio de cara al exterior.<sup>147</sup> Todos estos movimientos de los años 1460 a 1464 ya presagiaban la fatalidad de la crisis venidera, que explotó en la *farsa de Ávila* de 1465, cuando el hermano de Enrique, el infante Alfonso,<sup>148</sup> fue alzado rey por parte de la nobleza contraria a Enrique IV, depuesto figuradamente en el cadalso abulense en el pistoletazo de salida de la asombrosamente rápida decadencia enriqueña.

Las dificultades económicas que desde entonces arreciaron fueron sin duda la causa de que se elevase el tono de las amenazas generales contra los conversos,<sup>149</sup> teniendo en cuenta además el apoyo que éstos habían prestado al monarca, ya caído en desgracia desde su figurada y parateatral deposición en el cadalso abulense. Así, al aislado *pogrom* de Carmona en 1462, le sucedieron muchos más dentro de una violentísima oledada antisemita: Toledo, Sevilla y Burgos (1467), Sepúlveda

---

<sup>143</sup> Mario Penna, *Prosistas castellanos del siglo XV*, Madrid, Atlas, 1959, epístola IV, pp. 8-9.

<sup>144</sup> Para la biografía de Valera, véase Rodríguez Velasco, *ob. cit.*, pp. 195-243; y Cristina Moya García, «Diego de Valera en el reinado de Juan II de Castilla: los primeros años en la corte», en *Líneas actuales de investigación literaria. Estudios de literatura hispánica*, ed. Verónica Arenas Lozano *et al.*, Valencia, ALEPH-Asociación de Jóvenes Investigadores de la Literatura Hispánica-Universitat de Valencia, 2004, pp. 81-92.

<sup>145</sup> Julio Rodríguez Puértolas, «La poesía de la Baja Edad Media», en *Judíos en la literatura española*, coords. Jacob M. Hassán y Ricardo Izquierdo Benito, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2001, pp. 87-109, especialmente pp. 93-96.

<sup>146</sup> Idénticas percepciones críticas, pero sin referencias a conversos, pueden obtenerse de un par de poemas relacionados con las ofertas que, por esa misma época, entre 1462 y 1464, recibió Enrique IV para obtener la obediencia de Cataluña o para emprender una campaña militar contra Navarra. Véase Perea Rodríguez, *art. cit.*, pp. 38-40.

<sup>147</sup> Martín, *ob. cit.*, pp. 118-124.

<sup>148</sup> Dolores Carmen Morales Muñiz, *Alfonso de Ávila, rey de Castilla*, Ávila, Institución Gran Duque de Alba, 1988.

<sup>149</sup> Kaplan, *ob. cit.*, p. 25.

(1471), y sobre todo los de Córdoba, Sevilla y Andalucía en general,<sup>150</sup> para finalizar con los sucesos de Carmona, Segovia y Valladolid en el último año de gobierno de Enrique IV.<sup>151</sup> Las revueltas en las ciudades se extendieron como un reguero de pólvora: en el exhaustivo recuento de Asunción Esteban sobre conflictos urbanos del reinado enriqueño, de un total de 33 analizados sólo 2 tuvieron lugar antes de 1462;<sup>152</sup> todos los demás pertenecen a esa segunda década de su gobierno.

Fue entonces por primera vez cuando los conversos de Castilla y León comenzaron a sopesar la posibilidad de huir no sólo a otras plazas peninsulares, como Gibraltar o Portugal, sino también a otros territorios europeos, especialmente Italia y Flandes.<sup>153</sup> Es decir: unos veinte años antes del decreto de conversión obligatoria, empieza a vislumbrarse el planteamiento del abandono por parte de los conversos, el comienzo de su peregrina diáspora, del desasosegante alejamiento de sus tierras natales, el origen de esa “tradición sombría [...] de conversos desesperados, sin cómodo asiento en este mundo”.<sup>154</sup> El desarraigo de Enrique IV hacia los conversos caminó de forma paralela a las reivindicaciones políticas que le comenzaron a hacer sus enemigos. Por ejemplo, es altamente sintomático que en las famosas vistas de Cigales, el 5 de diciembre de 1464, una de las peticiones de los nobles fuese “que se hiciera inquisición de heréticos y sospechosos en la fe y discriminación de judíos”,<sup>155</sup> a lo que el monarca accedió poco después en la llamada *Sentencia de Medina del Campo*, la cual, además de significar el punto álgido de la política de intervención de la nobleza en el gobierno del

---

<sup>150</sup> Amador de los Ríos, *ob. cit.*, pp. 633-643.

<sup>151</sup> Angus MacKay, «Popular Movements and Pogroms in Fifteenth-Century Castile», en *Past and Present*, 55 (1972), pp. 33-67.

<sup>152</sup> Esteban Recio, *ob. cit.*, pp. 90-92.

<sup>153</sup> Melammed, *ob. cit.*, p. 12.

<sup>154</sup> Castro, *ob. cit.*, pp. 534-535.

<sup>155</sup> Benito Ruano, *Los orígenes...*, *ob. cit.*, p. 76.

reino,<sup>156</sup> también fue el más evidente momento de ruptura entre Enrique IV y los conversos.<sup>157</sup>

Correspondiéndose con estos acontecimientos, existe un testimonio lírico que nos anticipa que el estamento converso en su totalidad había decidido abandonar a Enrique IV, pues la confianza en él depositada al inicio se había visto totalmente defraudada. Me refiero, entre otros reflejos literarios de diverso calado,<sup>158</sup> a este poema que el madrileño Juan Álvarez Gato escribió

al tiempo que fue herido Pedrarias por mandado del rey don Enrique, pareció muy mal porque era muy notorio que le fue gran servidor, y por esta causa hizo las coplas siguientes en nombre d'un moço que se despide de su amo; y algunos cavalleros por esta razón se despidieron del rey.

No me culpes en que parto  
de tu parte,  
que tu obra me desparte  
si m'aparto;  
que los que me dieren culpa  
en que partí,  
yo daré razón de mí:  
que tu culpa me desculpa.<sup>159</sup>

---

<sup>156</sup> Benjamín González Alonso, «Rey y reino en los siglos bajomedievales», en *Conflicto sociales, políticos e intelectuales en la España de los siglos XIV y XV. XIV Semana de Estudios Medievales de Nájera*, coord. José Ignacio de la Iglesia Duarte, Logroño, Gobierno de la Rioja-Instituto de Estudios Riojanos, 2004, pp. 147-164, especialmente pp. 161-162.

<sup>157</sup> Amran, *ob. cit.*, pp. 101-103.

<sup>158</sup> Nicasio Salvador Miguel, «Isabel, infanta de Castilla, en la corte de Enrique IV (1461-1467)», en *Actes del X Congrés Internacional de l'Associació Hispànica de Literatura Medieval*, eds. Rafael Alemany, Josep Lluís Martos y Josep Miquel Manzanaro, Alacant, Institut Interuniversitari de Filologia Valenciana, 2005, I, pp. 185-212, especialmente pp. 211-212.

<sup>159</sup> (ID 3114) Reproduzco el texto, con ligeras modificaciones de acentuación y puntuación, de Juan Álvarez Gato, *Obras completas*, ed. Jenaro Artiles Rodríguez, Madrid, Nueva Biblioteca de Autores Españoles, 1928, n° 56, vv. 1-8, p. 96.

Pedrarias era hijo de Diego Arias (o Diagarias) Dávila, el más destacado miembro del homónimo linaje de conversos que, años más tarde, sería procesado por la Inquisición.<sup>160</sup> De nombre hebreo Isaac Alboher,<sup>161</sup> Diagarias fue uno de los convertidos por las predicaciones de San Vicente Ferrer en Segovia en el año 1411; fue allí, en la ciudad enriqueña por antonomasia,<sup>162</sup> y bajo la admonición del condestable Álvaro de Luna,<sup>163</sup> donde Diagarias comenzó a frecuentar el círculo del entonces Príncipe de Asturias y a convertirse en uno de sus más apreciados consejeros.<sup>164</sup> Años más tarde, durante el reinado de Enrique IV, alcanzó a las más altas copas del poder cortesano,<sup>165</sup> pues, desde el puesto de contador mayor del rey que ocupó a partir de 1458,<sup>166</sup> llegó a ser ennoblecido con el título de conde de Puñonrostro,<sup>167</sup> al tiempo

---

<sup>160</sup> Cabe destacar, como curiosidad, que una de las acusaciones más férreas que se formularon hacia los Arias Dávila al ser procesados por la Inquisición fue precisamente la de haber sido los asesinos de fray Alonso de Espina. Véase en Carlos Carrete Parrondo, *Fontes Iudaeorum Regni Castellae. III.- Proceso inquisitorial contra los Arias Dávila segovianos*, Salamanca, Universidad Pontificia de Salamanca, 1986.

<sup>161</sup> Francisco Cantera Burgos, *Pedrarias Dávila y Cota, Capitán General de Castilla del Oro y Nicaragua: sus antecedentes judíos*, Madrid, Universidad Central, 1971.

<sup>162</sup> Jorge Javier Echagüe Burgos, *La Corona y Segovia en tiempos de Enrique IV (1440-1474). Una relación conflictiva*, Segovia, Diputación Provincial, 1993, especialmente pp. 62-65.

<sup>163</sup> Amador de los Ríos, *ob. cit.*, p. 623.

<sup>164</sup> El siempre maledicente cronista Alonso de Palencia le atribuye la idea original de emprender la guerra de Granada, que sería más tarde causa de muchos problemas para Enrique IV, aunque más tarde atribuye el mismo consejo al marqués de Villena. Alonso de Palencia, *Crónica de Enrique IV*, ed. y trad. Antonio Paz y Melia, Madrid, Atlas, 1973-1977, 3 vols. La cita, en I, pp. 64-65.

<sup>165</sup> María Pilar Rábade Obradó, *Una elite de poder en la corte de los Reyes Católicos. Los judeoconversos*, Madrid, Sigilo, 1993, pp. 132-137.

<sup>166</sup> Para sus primeros años en el oficio, véase José Antonio García Luján, *Libro de lo salvado de Juan II de Castilla*, Córdoba, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, 2001, pp. 15-25.

<sup>167</sup> Sus enemigos no le perdonarían jamás este ascenso, como muestran las *Coplas del Provincial*: “A ti, fray Diego Arias, puto, / que eres y fuiste judío, / contigo no me disputo, / que tienes gran señorío; / águila, castillo y cruz / dime de dónde te viene, / pues que tu pija capuz / nunca la tuvo ni tiene”. Tomo el texto de la edición de las *Coplas* efectuada por Julio Rodríguez Puértolas, *Poesía crítica y satírica del siglo XV*, Madrid, Castalia, 1989, vv. 165-172, p. 245.

que se convirtió en mecenas y protector artístico.<sup>168</sup> Juan Arias Dávila, hijo de Diagarias y hermano de Pedrarias, llegó a ser obispo de Segovia, continuando con el encumbramiento de este linaje hacia los más altos peldaños de la sociedad castellana de finales del *Cuatrocientos*;<sup>169</sup> toda la labor de mecenazgo cultural del obispo segoviano, aunque cristalizase en el reinado de los Reyes Católicos, se adivina ya en el de Enrique IV, como han mostrado algunas recientes investigaciones,<sup>170</sup> que incluso apuntan a que pudo ser el autor de una perdida crónica de Enrique IV.<sup>171</sup> Convertido ya en un símbolo de los conversos,<sup>172</sup> y alabado incluso por cristianos viejos como Gómez Manrique,<sup>173</sup> el famoso poeta y regidor de Toledo,<sup>174</sup> Diego Arias Dávila decidió retirarse de la vida palaciega hacia 1466,<sup>175</sup> momento en que su hijo, Pedrarias Dávila, heredó sus cargos y su buena disposición hacia el bando enriqueño, como se deriva de su extraordinaria participación en la defensa de los intereses de Enrique IV tras la farsa de Ávila.<sup>176</sup>

Finalmente, los sucesos fueron mucho más prosaicos y su esfuerzo no se vio recompensado por el monarca, que ya comenzaba a dar mues-

---

<sup>168</sup> Joaquín Yarza Luaces, *La Nobleza ante el Rey. Los grandes linajes castellanos y el arte en el siglo XV*, Madrid, Ediciones El Viso, 2003, pp. 209-210.

<sup>169</sup> Como argumenta Beinart, *ob. cit.*, pp. 414-417.

<sup>170</sup> Bonifacio Bartolomé Herrero, «Juan Arias Dávila, Obispo de Segovia (1466-1497)», en *Juan Párix, primer impresor en España*, ed. Fermín de los Reyes Gómez, Segovia, Instituto Castellano y Leonés de la Lengua – Caja Segovia, 2004, pp. 203-224. Véase también *Segovia en el siglo XV. Arias Dávila: Obispo y Mecenas*, coord. Ángel Galindo García, Salamanca, Ediciones de la Universidad Pontificia, 1998.

<sup>171</sup> Fermín de los Reyes Gómez, «El obispo bibliófilo: Arias Dávila y los libros», en *Juan Párix, ob. cit.*, pp. 225-261.

<sup>172</sup> Como “symbol of the new Spanish Otherness, the *otherness within*”, lo considera Yirmiyahu Yovel, «Converso Dualities in the First Generation: The *Cancioneros*», en *Jewish Social Studies*, 4.3 (1998), pp. 1-28, especialmente pp. 10-12. Para el epitalamio burlesco sobre la boda de la hija del contador (ID 7612), compuesto por Ruy Cota, véase Francisco Cantera Burgos, *El poeta Rodrigo Cota y su familia de judíos conversos*, Madrid, Universidad de Filosofía y Letras, 1970.

<sup>173</sup> Scholberg, *ob. cit.*, pp. 246-247.

<sup>174</sup> Tanto el prólogo en prosa (ID 0093) como el poema (ID 0094) que el señor de Villazopeque dedicó al contador Diagarias pueden leerse en Gómez Manrique, *Cancionero*, ed. Francisco Vidal González, Madrid, Cátedra, 2003, n° CXXXVI, pp. 553-570.

<sup>175</sup> No de su muerte, como bien argumenta Echagüe Burgos, *ob. cit.*, p. 89.

<sup>176</sup> Morales Muñiz, *ob. cit.*, pp. 110 ss

tras de debilidad y que, a instancias del marqués de Villena, ordenó el ingreso en prisión del poderoso converso. Éste fue prendido en la residencia real de El Pardo, tras una escaramuza contras las tropas de los soldados del de Villena, en la que Pedrarias sufrió una grave herida de un lanzazo. Aunque el monarca, tal vez arrepentido de hasta dónde había llegado el asunto, dispuso a sus médicos para sanar al herido, algún tiempo más tarde esa misma herida le causaría la muerte.<sup>177</sup> Por encima de consideraciones de tipo personal, acierta Galíndez de Carvajal al narrar que, con ocasión de este suceso,

fueron muy alterados ansí los de un bando como los del otro, señaladamente los del rey don Enrique, visto que el rey dava lugar a tan gran falsedad, que el que avía de ser defendedor de sus leales se hazía perseguidos d'ellos, o el que avía de amparar su hechura dava lugar a su muerte.<sup>178</sup>

A partir de entonces, y como ya anticipaba el poema de Álvarez Gato, la ruptura fue total entre el rey y los conversos, que abandonaron en masa a quien antaño habían considerado su gran valedor. Asimismo, forzado por las circunstancias políticas, Enrique IV varió su hasta entonces plenamente visible protección hacia ellos. En 1467, por ejemplo, el monarca dictó las primeras disposiciones que incapacitaban a los cristianos nuevos a ocupar puestos en el gobierno de ciudades como Toledo y Ciudad Real.<sup>179</sup> A pesar de que todavía se percibe en el monarca una actitud alejada del racismo en algunos pleitos por homicidio en los que estaban implicados judíos,<sup>180</sup> la débil posición de la monarquía, lastrada por el enfrentamiento contra la nobleza partidaria de su hermano Alfonso, había sido la causa de este cambio de actitud de Enrique IV con respecto a los primeros años.<sup>181</sup> Muy posiblemente el monarca legítimo quiso librarse de ese estigma de protector de judíos

---

<sup>177</sup> Palencia, *ob. cit.*, I, pp. 189 ss

<sup>178</sup> Torres Fontes, *ed. cit.*, p. 285.

<sup>179</sup> Benito Ruano, *Los orígenes...*, *ob. cit.*, pp. 77-78.

<sup>180</sup> Dos casos, que se remontan al año 1472, menciona Carrete Parrondo, *El judaísmo español...*, *ob. cit.*, pp. 63-64.

<sup>181</sup> Tal vez no haya más explicación que la que acertó a expresar Ferrara (*ob. cit.*, p. 30): "No fue un rey enérgico y cruel, como lo requería aquella situación política. Hay períodos históricos en que un hombre bueno y piadoso no es un buen rey. La



y de conversos con que le asaeteaban verbalmente sus contrarios,<sup>182</sup> como puede observarse en este memorial de quejas emitido por algunos notables del reino el 28 de septiembre de 1464:

Es muy notorio en vuestra corte aver personas, en vuestro palacio e cerca de vuestra persona, infieles, enemigos de nuestra santa fe católica, e otras, aunque cristianos por nombre, muy sospechosos en la fe, en especial que creen e dicen e afirman que otro mundo non aya, sinon nascer e morir como bestias,<sup>183</sup> que es una heregía ésta que destruye la fe cristiana. E ende están continuos blasfemos, renegadores de Nuestro Señor y de Nuestra Señora la Virgen María, e de los santos; a los quales Vuestra Señoría ha sublimado en altos honores e estados e dignidades de vuestros regnos. E, por consiguiente, la abominación e corrupción de los pecados tan abominables, dignos de non ser nombrados, que corrompen los aires e desfasen la naturaleza humana, son tan notorios que por non ser punidos se teme la perdición de los dichos regnos.<sup>184</sup>

Si Álvarez Gato ya mostraba, con toda su belleza lírica,<sup>185</sup> el abandono en masa de los conversos, él mismo, en una de sus epístolas asesta

---

calumnia hincó el diente en su carne para legitimar actos de fuerza que, con el favor de la Providencia, resultaron muy beneficiosos a la causa de España.”

<sup>182</sup> Con ocasión del revuelo causado por la toma de Olmedo por los partidarios de Alfonso *el Inocente* en la primavera de 1467, narra el cronista Palencia (*ob. cit.*, I, p. 215) lo siguiente: “Revivió por entonces entre los moradores de Toledo la antigua enemiga fomentada por los recelos de los cristianos nuevos y la indignación de los viejos. Agragébase a esto, como dije, la facción común de los conversos que, víctimas de las intrigas de los mal intencionados, se inclinaban a don Enrique por el temor preconcebido del exterminio de la raza judaica en el caso de prevalecer el partido de D. Alfonso.”

<sup>183</sup> Francisco Márquez Villanueva, «“Nasçer e morir como bestias” (Criptojudaísmo y criptoaveroísmo)», en *Los judaizantes en Europa y la literatura castellana del Siglo de Oro*, ed. Fernando Díaz Esteban, Madrid, Letrúmero, 1994, pp. 273-293.

<sup>184</sup> *Memorias de Don Enrique IV de Castilla. Tomo II. Contiene la colección diplomática del mismo rey, compuesta y ordenada por la Real Academia de la Historia*, Madrid, Fortanet, 1835-1913, pp. 328-329.

<sup>185</sup> Scholberg, *ob. cit.*, p. 243.

un certero y demoledor golpe a la política enriqueña conjugando de nuevo el triste y alicaído sentir de los *cristianos nuevos*:

¿Non vees que d'esto tras que corres los reyes tienen la mayor parte? Pues si algún bien es, acata en éste nuestro [*i.e.*, *Enrique IV*], que era uno de los grandes del mundo, y mira cuánto corrimiento, cuánta desventura le sigue y á seguido en nuestros tiempos, y las bueltas que este amargo reyno ha havido y dado en tan breve espacio, y los muchos ricos tornados pobres, y las crueles guerras, y la amarga muerte que de contino llovizna. ¿Non vees que no ay nada seguro, todo mentiroso, todo falleçedero?<sup>186</sup>

Así fue cómo, en términos de poesía de cancionero, la ausencia de apoyo por parte de los poetas conversos, que habían sido los que realizaran su caracterización positiva, significó para Enrique IV el comienzo de su representación como el monarca apocado, incapaz y manejado por sus consejeros, presente por ejemplo en las *Coplas de Mingo Revulgo*:

¿Sabes, sabes? El modorro  
allá donde anda a grillos  
búrlanle los moçalvillos  
que andan con él en el corro;  
ármanle mil guadramañas:  
uno·l saca las pestañas,  
otro·l pela los cabellos;  
así se pierde tras ellos  
metido por las cabañas.<sup>187</sup>

---

<sup>186</sup> El texto procede de una epístola enviada por Álvarez Gato "a un su amigo que se metió frayle, consolándole e esforçándole." Se halla en el libro de Pedro de Rozas, *Sucesos de Castilla en tiempo de el rey don Enrique* (BNM, ms. 1619, ff. 67v-70r), un texto misceláneo del siglo XVII que contiene, entre otras obras, una copia de las *Generaciones y semblanzas* de Pérez de Guzmán. La carta fue editada por Francisco Márquez Villanueva, *Investigaciones sobre Juan Álvarez Gato. Contribución al conocimiento de la literatura castellana del siglo XV*, Madrid, Anejos del Boletín de la Real Academia Española (IV), 1960, p. 391, de donde tomamos nuestra cita con ligeras modificaciones de acentuación y puntuación.

<sup>187</sup> Rodríguez Puértolas, *Poesía crítica...*, vv. 55-63, p. 223.

Asimismo, es la misma imagen de Enrique IV proyectada a través de la hiriente procacidad de las *Coplas del Provincial*. Sabemos con casi total certidumbre que estas últimas no fueron escritas por conversos.<sup>188</sup> Según Rodríguez Puértolas,<sup>189</sup> son obra de Juan Hurtado de Mendoza, uno de los hijos del marqués de Santillana, quien, en su intento por elevar a su linaje y desprestigiar al resto, eligió el camino de la infamia, motejando de “sodomita, cornudo, judío, incestuoso, y tratándose de mujeres, de adúltera o de ramera”,<sup>190</sup> a todos los miembros de la nobleza, incluido el monarca, que es presentado en primer lugar de la más deshonrosa forma posible, al acusarlo de sodomita que debía su dolor en las posaderas a haber mantenido relaciones con sus favoritos:

Ah, fray capellán mayor,  
don Enrique de Castilla,  
¿a cómo vale el ardor  
que traéis en vuestra silla?  
“A fray Enrique Cañete  
y Gonzalo de Luzón;  
a fray duque de Alburquerque,  
que es el mayor garañón”.<sup>191</sup>

Con el constante aliento de la propaganda pro-isabelina que ya entonces comenzaba,<sup>192</sup> los ejemplos de poemas críticos con el rey Enrique son innumerables. Hernán Mexía de Jaén, el regidor y autor del polémico *Nobiliario vero*, compuso uno de los mejores,<sup>193</sup> escrito “en

---

<sup>188</sup> Antes al contrario, prefirieron alejarse de tales procacidades (seguramente pensando en los efectos perniciosos que tendrían para los conversos), como lo muestra, una vez más, un poema de Juan Álvarez Gato escrito “a los maldizientes que hicieron las *coplas del Provençal*, porque diziendo mal, crecen en su mereçimiento.” El poema (ID 3120), en Álvarez Gato, *ed. cit.*, nº 107, p. 107.

<sup>189</sup> Rodríguez Puértolas, «La poesía...», *art. cit.*, p. 97.

<sup>190</sup> Marcelino Menéndez Pelayo, *Antología de poetas líricos castellanos*, Madrid, CSIC, 1944, II, p. 289.

<sup>191</sup> Rodríguez Puértolas, *Poesía crítica*, *ob. cit.*, vv. 9-16, p. 237.

<sup>192</sup> Ana Isabel Carrasco Manchado, *Isabel I de Castilla y la sombra de la ilegitimidad: propaganda y representación en el conflicto sucesorio (1474-1482)*, Madrid, Sílex Ediciones, 2006.

<sup>193</sup> Scholberg, *ob. cit.*, p. 244.

el tiempo del rey don Enrique, que estaban estos reinos enbuelto en tiranías y discordias”.<sup>194</sup> Todo parece indicar que los versos de la famosa *Esclamación e querella de la governación*, de Gómez Manrique, fueron asimismo diseñados como crítica a los últimos años de gobierno de Enrique IV.<sup>195</sup> A modo de cruel paradoja, la culminación de todo este proceso de construcción poética del estereotipo negativo de Enrique IV se cierra con las obras de otro converso, Fray Íñigo de Mendoza, autor de las *Coplas de Vita Christi*, suficientemente conocidas y analizadas para que nos ahorremos más referencias. Para nuestro propósito principal, subrayan el innegable reflejo que los vaivenes políticos de la época tienen en la poesía de cancionero compuesta por estas fechas, lo cual vuelve a presentar a la lírica medieval castellana como una atractiva fuente historiográfica para el conocimiento de aquellos tiempos. La relación que unió a Enrique IV con los poetas conversos queda perfectamente retratada en términos poéticos. Los conversos estuvieron esperanzados primero ante su llegada al trono y más tarde fueron profundamente decepcionados, de ahí que pasasen, en términos líricos, de construir casi en exclusiva la imagen positiva del rey al más escondido silencio, al abandono de filas retratado por Álvarez Gato, y finalmente al ataque total perpetrado por fray Íñigo.

#### 4.- A modo de conclusión

A raíz de los testimonios líricos ofrecidos en este trabajo, creo que es necesario replantearse la relación entre Enrique IV y los conversos, de nuevo mediante el establecimiento de una frontera cronológica en el reinado de este monarca, clarísimamente dividido en dos décadas bien

---

<sup>194</sup> Tanto el poema de Mexía (ID 3112) como la subsiguiente respuesta del poeta madrileño (ID 3113) pueden verse en Álvarez Gato, *ed. cit.*, pp. 80-87 y 87-95, respectivamente. Otro poema de Álvarez Gato (ID 3142), de contenido religioso (“A Nuestra Señora”) pero también compuesto “en el tiempo del rey don Enrique, que estaban estos reinos llenos d’escándalos”, puede verse en *ibidem*, nº 84, pp. 145-150.

<sup>195</sup> El poema (ID 0096), en Manrique, *ed. cit.*, pp. 571-576. Sobre su contenido, véase Scholberg, *ob. cit.*, pp. 249-250.

distintas. Por ello, el planteamiento del profesor Kaplan es acertado, en el sentido de que fueron las críticas de los conversos muy abundantes hacia Enrique IV,<sup>196</sup> pero puede resultar erróneo de no tener cuenta que todas estas críticas están fechadas siempre después de 1464. Antes, entre 1454 y 1462, los conversos pergeñaron las más elevadas alabanzas hacia el monarca castellano, superiores incluso a la posterior deificación que algunos integrantes de ese estamento realizarían sobre Isabel la Católica. Quizá, como Amador de los Ríos sugiere,<sup>197</sup> el apoyo de Enrique IV se trató de una maniobra más de protección del rey contra la nobleza castellana, lo que encajaría bastante bien con la línea política de mantener un equilibrio entre las fuerzas del reino que siempre deseó Enrique IV, si bien al final de su reinado, con la nobleza absolutamente dividida,<sup>198</sup> tal modelo fracasó.

Por otro lado, creo que la relación entre la monarquía castellana del siglo XV y los conversos no cabe explicarla en relación a un supuesto binomio de vínculos sociológicos definido entre la crítica desaforada de aquéllos a Enrique IV y el apoyo incondicional a Isabel I, pues no hubo un cambio radical de actitud de los conversos,<sup>199</sup> tal como sostenían los estudios de Jones y Kaplan acerca de la divinización de Isabel la Católica por los literatos pertenecientes a este estamento.<sup>200</sup> Teniendo como referente más inmediato los testimonios líricos que acabamos de analizar, el razonamiento de esta interacción entre historia y literatura debe huir de motivos personalistas para basarse en estructuralistas. Es decir, los conversos no apoyaron a la Reina Católica en contra de su

---

<sup>196</sup> Kaplan, *ob. cit.*, p. 64.

<sup>197</sup> Amador de los Ríos, *ob. cit.*, p. 622.

<sup>198</sup> María Isabel del Val Valdivieso, «Los bandos nobiliarios durante el reinado de Enrique IV», en *Hispania*, CXXX (1975), pp. 251-293. También en su libro *Isabel la Católica y su tiempo*, Granada, Universidad de Granada-Sociedad Estatal de Commemoraciones Culturales, 2005, pp. 339-382.

<sup>199</sup> En contra de lo opinado por Kaplan (*ob. cit.*, p. 74), para quien los conversos “drastically changed their deprecatory attitude toward the monarchy.” Igualmente, tampoco creemos que el apoyo a Isabel sea una muestra de la “preponderance of pro-feminism literature” (*ibidem*, p. 89).

<sup>200</sup> Royston O. Jones, «Isabel la Católica y el amor cortés», en *Revista de Literatura*, XXI (1962), pp. 55-64; Gregory B. Kaplan, «In Search of Salvation: The Deification of Isabel la Católica in *converso* poetry», en *Hispanic Review*, 66.3 (1998), pp. 289-308.

hermano Enrique IV por cuestiones de preferencia política personal, sino que sus pretensiones como estamento social eran las mismas en ambos casos: cimentar una monarquía autoritaria y fuerte que acabase con los tumultos antisemitas y, sobre todo, que sirviese de freno legislativo y jurídico a la desconfianza diaria de los cristianos viejos hacia los cristianos nuevos.<sup>201</sup> Ésta es la razón por la que los conversos se convirtieron en férreos defensores de Enrique IV durante aquellos primeros tiempos de bonanza (1454-1462). Posteriormente, los conversos pasaron a protagonizar también las mayores críticas personales al monarca cuando definitivamente se sintieron abandonados por él (1462-1474). En último lugar, los conversos realizaron un apoyo agresivo, dentro de un optimismo esperanzador,<sup>202</sup> a la monarquía representada por los Reyes Católicos al comienzo de su devenir, cuando el decreto de 1492 todavía era una lejana quimera, pensando en que el autoritarismo de la monarquía castellana podría llegar con Isabel I hasta donde su hermano no había podido.

Así pues, poemas tan descorazonadores y desencantados como los de Guillén de Segovia y, sobre todo, el de Álvarez Gato, que antaño se vieron como reflejo de ese “vivir desviviéndose” con que era caracterizada la peripecia vital de sus compositores y de aquellos a quienes representaban,<sup>203</sup> me parecen ahora paradigmáticos de este hilo conductor en el devenir de los conversos castellanos del siglo XV, es decir, modelos de esta espiral “apoyo literario sin reservas—crítica debida al desencanto—apoyo literario sin reservas” cuyo reflejo es bastante apreciable en la lírica cancioneril del período. Lo cual, desde luego, debería servir para examinar con detalle la contribución de los conversos no ya al humanismo castellano, bien conocida y estudiada,<sup>204</sup> sino a la culminación del autoritarismo de la monarquía Trastámara acontecida en

---

<sup>201</sup> En la línea de lo expresado por Juan Ignacio Gutiérrez Nieto, «Los conversos y el movimiento comunero», en *Collected Studies*, ob. cit., pp. 199-220, especialmente p. 216. Véase también el trabajo de José Manuel Nieto Soria, “Las concepciones monárquicas de los intelectuales conversos en la Castilla del siglo XV”, *Espacio, Tiempo y Forma. Serie III, Historia Medieval*, 6 (1993), pp. 229-248.

<sup>202</sup> Kaplan, *The Evolution...*, ob. cit., p. 85.

<sup>203</sup> La terminología fue usada por Castro (ob. cit., pp. 386-387), procedentes de un ensayo del filósofo García Morente, como ya indicase Eugenio Asensio, *La España imaginada de Américo Castro*, Barcelona, Crítica, 1992, pp. 30-31.

<sup>204</sup> Kaplan, *The Evolution...*, ob. cit., pp. 72-73.

el reinado conjunto de los Reyes Católicos. No hay explicación lógica para la defección de Enrique IV hacia aquellos que tanto le apoyaron. Quizá el monarca pretendió regresar a esos momentos de máxima popularidad del inicio de su reinado, en el que aparecía como el campeón del cristianismo después de su actuación en Toledo durante la rebelión de 1449. Pero, tristemente, no entendió que ese sendero dirigía sus pasos hacia el triste camino de la pureza de sangre, que, si bien contentaba al pueblo, lo hacía por los mismos motivos que describía el padre Getino, porque “el pueblo era el único que podía gloriarse de no tener probada sangre judaica porque carecía de genealogías.”<sup>205</sup>

Por el camino del populismo fue por donde los estatutos de sangre comenzaron su circulación, vía abierta por Enrique IV en su desesperado intento por ajustar las difíciles relaciones entre monarquía y nobleza de su reinado. Una vez más, los problemas y las soluciones pretendidas, aun sin lograr fruto, se proyectan delimitando al reinado de Enrique IV como una especie de ensayo, un proyecto de gobierno, que años más tarde su hermana Isabel, con la ayuda de Fernando de Aragón, se encargaría de llevar a buen puerto. Con tales datos, cada vez es más difícil sostener un análisis comparativo de los reinados de los hijos de Juan II presidido por las diferentes personalidades de ambos, sobre todo porque, como se ha puesto ya de relieve,<sup>206</sup> los referentes negativos de Enrique IV siempre se remontan a la segunda década de su reinado. En muchos aspectos, incluso los relativos a la propaganda ideológica,<sup>207</sup> la observación debería realizarse a modo de estricta (y tal vez matemática) sucesión, en todos los sentidos: cronológico, político y, por supuesto, religioso, con el fenómeno de los conversos como máximo exponente. Así, por el mismo camino por donde intentamos aproximarnos mejor a la fragua de las convulsiones de los conversos en Castilla antes del decreto de 1492, tal vez podamos también apreciar mejor la imagen de un rey, Enrique IV, alejada de los estereotipos con

---

<sup>205</sup> Getino, *ob. cit.*, p. LXXXVI.

<sup>206</sup> Julio Valdeón Baroque, «La Corte de Enrique IV y la Corte de Isabel», en *Torre de los Lujanes*, 54 (2004), pp. 39-48.

<sup>207</sup> Sobre estas influencias, véase Álvaro Fernández de Córdova Miralles, «Imagen de los Reyes Católicos en la Roma pontificia», en *En la España Medieval*, 28 (2005), pp. 259-354, especialmente pp. 290-291.

que se la ha dibujado y más cercana a la que cincelase el padre De la Cruz con su bella y áurea prosa:

Un rey valiente y piadoso contra quien, concordes en la mayor discordia, a una soplaron los quatro vientos magistrales en que estaba contada nuestra España.<sup>208</sup>

Perez Rodríguez, Óscar, "Enrique IV de Castilla y los conversos. Testimonios poéticos de una evolución histórica", *Revista de poética medieval*, 19 (2007), pp. 131-175.

RESUMEN: Este artículo trata de probar la relación existente entre Enrique IV y los conversos a través de la poesía de cancionero del siglo XV, en la que se ven claramente dos etapas. La primera de ellas, entre los años 1454 y 1464, está caracterizada por el apoyo que los conversos hacen al rey, escribiendo amplios panegíricos con una imagen muy positiva del monarca. La segunda de ellas, entre los años 1464-1474, se caracteriza por todo lo contrario, contribuyendo los conversos a la caracterización negativa del rey. La razón hay que buscarla en el cambio de actitud efectuado por Enrique IV, que primero apoyó a los conversos y luego los abandonó a su suerte cuando se vio acosado por el resto de problemas que ocurrieron en su reinado. A tenor de estos datos, con respecto a los conversos convendría no caer en algunos manidos estereotipos sobre la supuesta oposición entre los reinados de Enrique IV y de Isabel la Católica.

ABSTRACT: This paper we provide a research about the relationship between the King Henry IV of Castile and the *conversos* (e.g., converted from Hebrew to Christianity), using as primary source the *cancionero* poetry of the 15<sup>th</sup> century. This relationship walked through two different stages: first, among the years 1454 and 1464, was characterized by the *conversos'* support to the King, as could be clearly seen in a bunch of some poems they wrote with a very positive reflection of him. Second one, among the years 1464 and 1474, was diametrically opposed, in which the *conversos'* contribution to the negative image of the King was extreme, because of Henry IV's change of attitude, who first saved the *conversos* from their enemies but, later on, as a result of being harassed by the unpopularity, left the conversos away and ne-

---

<sup>208</sup> De la Cruz, *ob. cit.*, fol. 1r.



ver turned back to the first stage. As we understand it, regarding to the study of the *conversos*, it would be convenient not to judge this sort of relationship by using the former and stereotyped antagonism between the King Henry IV and his sister, Isabella I, the Catholic Queen.

PALABRAS CLAVE: Propaganda. Conversos. Monarquía. Poesía de cancionero,. Enrique IV. Isabel I.

KEYWORDS: Propaganda. Converted, *conversos*. Monarchy. *Cancionero* poetry. Henry IV. Isabella I, Catholic Queen.